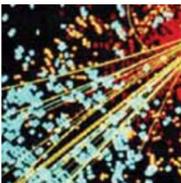


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 30 - Diciembre de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com





Universo Centro

Publicación mensual

Dirección y fotografía

Juan Fernando Ospina

Comité editorial

Fernando Mora

Pascual Gaviria

Juan Carlos Orrego

Guillermo Cardona

Maria Isabel Naranjo

Diseño y diagramación

Lyda Estrada

Coordinación comercial

José Alejandro Zuluaga

Ramón Marulanda

Distribución

Érika, Sebastián y Gustavo

Asistente

Érika Acero

Es una publicación de la

Corporación Universo Centro

Número 30 - Diciembre 2011

15.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita

www.universocentro.com



Desafuero militar

Algunos ciudadanos cándidos critican a nuestros congresistas por su magro periodo de sesiones ordinarias de apenas ocho meses cada año. Otros, indignados, maldicen sus preocupaciones por temas que solo interesan a sus intereses: los carros blindados y su gasolina, el nombre de un político para el aeropuerto de Bogotá, la posibilidad de que un municipio merezca una placa de piedra como homenaje a alguna de nuestras vírgenes protectoras. Pero su tiempo libre y sus tonterías son siempre una buena forma de evitar estragos mayores. Cada que el Congreso se pone serio es momento para el crujir de dientes: solo queda confiar en que el tiempo no sea suficiente para aprobar sus intenciones o la Corte Constitucional vuelva todo al estado original.

Ahora ha quedado en sus garras una palabra mayor: justicia. Como es lógico las primeras discusiones fueron sobre el juez encargado de valorar sus intrigas, compañías, hazañas y dobleces dignos del código penal. Trataron de inventar una corte extraordinaria para sus acciones ordinarias pero al final les dio vergüenza: era demasiado trabajo para solo seis magistrados. En cambio el pudor no alcanzó para tocar el ala más política y torcida de la rama judicial. Poco a poco el Consejo Superior de la Judicatura se ha ido emparentando con el Congreso: nepotismo, nombramientos para engordar pensiones, amistad política como único criterio de selección y el descaro como respuesta a las preguntas. Todo eso con una toga que sirve de parapeto. El Congreso no podía más que sentir afinidad con sus colegas de vicios en la rama del frente.

Pero lo peor de la llamada reforma a la justicia llegó con un papelito debajo de la mesa a última hora. Cuando se creía que las discusiones terminarían en unos acuerdos de presupuesto, influencia política y equilibrio para el quién juzga a quién entre congresistas y magistrados, apareció el fantasma con guadaña del fuero militar. Al comienzo el gobierno pareció incómodo, quería sacudir ese asunto tétrico para no asustar a la ONU o a los demócratas en Estados Unidos. Pero cayó Cano y las Farc mataron a los policías y militares secuestrados. Ahora el clima era ideal y el uribismo agradecía el único gesto amable en un año largo de gobierno.

El artículo que modifica la Constitución es un esperpento. Si llegara a aprobarse, todos los actos de la fuerza pública se presumirán legítimos y

por tanto al momento de aparecer un reproche penal deberían ser evaluados por tribunales militares. Solo cuando la Justicia Penal Militar, venal por naturaleza, decidiera que el encubrimiento es imposible o que hacer un grafiti no implica pena de muerte, se podría invitar a un fiscal y a un juez civil para tratar el caso. Parece increíble que mientras miles de soldados enfrentan juicios por el homicidio de civiles disfrazados de combatientes, el país decida que es tiempo de suponer que los militares siempre defienden legalmente a los ciudadanos y que sus superiores los juzgarán con rigor.

Un reciente estudio del Cinep enumera los civiles muertos a manos del ejército desde 1984 hasta 2011. Entre 2006, 2007 y 2008, el periodo cumbre de la matazón, se detallan las muertes de 835 civiles que vistieron el camuflado luego de recibir tiros de gracia. No es injusto decir que en manos de investigadores militares distraídos y en medio de juicios simulados, no tendríamos noticias de cómo enmaletaron a los jóvenes de las ciudades, cómo escogieron al campesino adormilado en medio de un viaje en bus, cómo pulieron la facha de los indigentes antes de vencerlos en combate.

Tampoco hoy en día es fácil condenar a los militares implicados en los abusos más terribles. Primero es necesario mostrarle a la fiscalía evidencias protuberantes de que los soldados actuaron por fuera de sus facultades legales; si la fiscalía acepta las pruebas deberá plantear un conflicto de competencia para que el Consejo Superior de la Judicatura defina si el caso debe ir a los jueces de camuflado o a los de toga. El solo hecho de comenzar un juicio ordinario que suponga imparcialidad se ha convertido en una hazaña de años coronada con una tutela. Ni qué hablar de las condenas. Solo siete fiscales atienden los procesos en Antioquia, Córdoba y Chocó. Lo que implica que la fila se alarga, los testigos se olvidan y los militares implicados disfrutan de libertad condicional. ¿Ese es el panorama de persecución implacable e injusta contra nuestros soldados que pretende mostrar el Ministro de Defensa? Recordemos que hasta hace poco los condenados purgaban su pena en la piscina de Tolemaida.

Ya sabemos que este Congreso necesita como ninguno las palmaditas en la espalda del Gobierno. Un guiño de Juan Manuel Santos o una mueca de Vargas Lleras serían suficientes para atajar una reforma constitucional que no le gusta a la Fiscal, ni a la ONU, ni a las Cortes. Pero también sabemos que Santos puede impulsar algunos de los más grandes anhelos de Álvaro Uribe mientras funge como su cordial enemigo. Ese es su arte. Merecer el aplauso de Ban Ki-moon y de Rito Alejo del Río en una misma semana. ☐

Había pasado diez días consecutivos en casa de mi suegra y estaba harto del plan. La vaca no cocinaba mal. El osobuco se le daba y los dulces navideños y era pródiga con las bebidas espirituosas. Pero yo hubiera ayunado como un San Antonio con tal de no aguantar su cháchara insulsa y el baile que bailaba cuando estaba borracha. Ahora pienso que debí quererla. Detrás del mamífero frívolo en que se hallaba convertida perduraban los rípios de la belleza de la juventud y asomaba el toque de inteligencia que en algunas hembras humanas es una deliciosa forma de la perversidad.

Era evidente que habría preferido otra clase de yerno. Que yo decepcionaba las expectativas que había presupuesto para su hija. Y el sentimiento negativo nos alejaba con un abismo amargo que se acrecentaba en mí con el fastidio que me proporcionaba su danza, pues me llenaba de vergüenza ajena. Entonces la anciana arrastraba la ola doble de sus posaderas, agitaba unas panderetas invisibles sobre su cabeza cana, rebullía los hombros e impostaba una sonrisa beata que lastimaba a su edad. Y yo llevaba diez años asistiendo al triste espectáculo de la viuda cuyos invitados, un montón de aprovechadores, miembros conspicuos de la aristocracia de la provincia de cielos húmedos y casas de bahareque con olor a ceniza y a mal de tierra de la colonia, estimulaban la pantomima.

Muchas veces quise imponer mis derechos de macho, pues también tenemos, pero mi mujer era inflexible y fui vencido siempre por los arcaicos recursos femeninos: suspiros, mohines y francas protestas, y las acusaciones de egoísmo, y acabé detrás del timón rumbo a las llanadas al cabo de las cuales estaba situado el establo de la señora. Hay males que duran cien años como ella. Pero mi cuerpo dejó de resistir esa navidad y contra las manipulaciones de mi mujer me mantuve en mis trece. Propuse que nos quedáramos disfrutando la casa que yo acababa de construir en esa montaña empinada y silenciosa; pregunté por qué una pareja no puede darse una navidad lejos del telarañero de las familias y gastar su diciembre ajustando una biblioteca, oyendo unos discos recién comprados y disfrutando de la ciudad vacía. Y añadí una ironía: este año voy a privarme del gusto de ver a tu mamá. Lo cual provocó la reacción esperada. Puertas azotadas por el viento de unos gemidos y un plato roto. Pero aunque todos los héroes homéricos me hubieran retado armados hasta los dientes yo hubiera mantenido en mi decisión. Y mi mujer partió sola después de arrojar con rencor un maletín dentro del automóvil. Y me dispuse a vivir un 24 de diciembre distinto en una década.

Como ninguno de los amigos que llamé para que me ayudaran a celebrar mi viudez transitoria estaba disponible y pienso que comer solo se parece mucho a la miseria invité a mi vecino Benito. Un hombre misérrimo que vivía con una hija afásica en las lindes de mi granja en el páramo. Bajé a Bogotá, me aprovisioné de quesos, jamones, salamis, pimientos encurtidos, aceitunas rellenas, un par de botellas del mejor brandy y otras gollerías, y le compré un sombrero a Benito y a su niña una muñeca de fique.

El era un muchacho descarnado, lleno de pecas, de veinte años. Jamás había pisado la escuela ni había visto una ducha funcionando a juzgar por la costra de tierra y sabía montones de historias de aparecidos y fantas-

Noche hueca

Eduardo Escobar · Ilustración Cachorro

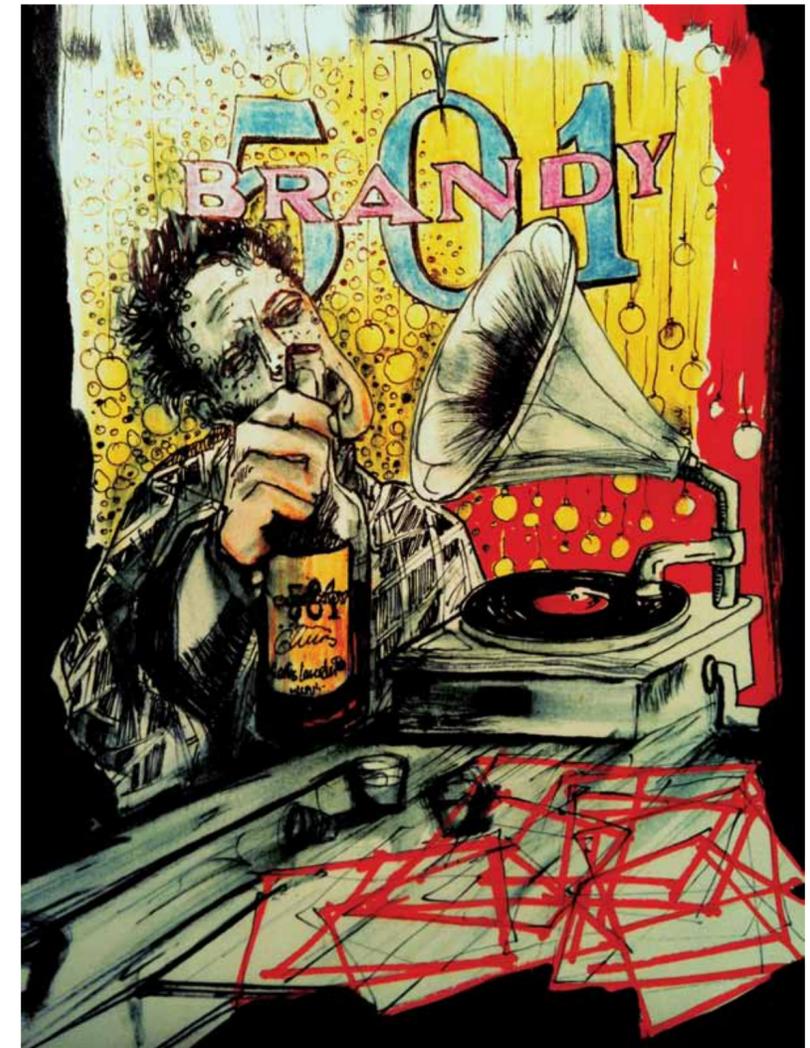
mas. Benito desdén los quesos, saben a jabón, me dijo, las carnes resultaron impenetrables para sus dientes podridos, calificó las aceitunas y los pimientos de vomitivos, pero le hizo el honor al brandy. Al primer trago sus ojos grises alumbraron con una alegría nueva. Pero al segundo brilló una luz malsana en su mirada y al tercero se lanzó a una diatriba contra la vida con mucho esparcimiento de saliva y mucho manoteo. Y al cuarto se entregó a una espantosa expresión del autodesprecio. Jamás había conocido una persona que se sintiera tan poca cosa, sin porvenir, sin un pasado que valiera la pena recordar. Al quinto brandy, Benito se puso francamente malo. Y descargó su alma de siervo de la edad media sobre mí. Confesó que se odiaba a sí mismo, y dijo que él valía menos que un gato, que detestaba el nombre que le había puesto en la pila y que su padre le daba asco tanto como su madre de quie-

nes conocía sus detestables secretos. Solo quería morir. No se había matado por temor de Dios. Y por eso andaba armando camorra los domingos por las tiendas veredales, con la ilusión de que alguien le hiciera el favor de acabar con su vida. Sus ojos daban vueltas en las órbitas cuando me rogó con serenidad. Usted debería hacerme el bien. Si no se siente capaz, puedo decirle lo que pienso de usted y usted decide. Su actitud me aterró. Y di por terminada la fiesta con su amenaza.

Le dije que mejor fuera a ver a su niña que quizás se había despertado. Y él se incorporó tambaleando y sacó fuerzas para llegar a la puerta. Allí, en el umbral le agradecí su compañía y lo abracé compadecido. Sentí que pesaba como una piedra del paisaje. Y él se arrodilló lentamente y se marchó gateando bajo las estrellas de diciembre que en el páramo parecen diamantes incendiados. Lo

seguí con la mirada hasta que llegó a su casa. Y allí rasguñó la puerta como hacen los perros. Y arrastrando la lengua por el piso, clamó: Hermencia. Abra que me estoy muriendo.

Eran las tres de la mañana en el reloj de la cocina cuando entré en la casa. Me serví otro trago. Y puse al tocadiscos el Oratorio de Navidad de Juan Sebastián Bach. Y me sentí culpable por tanta belleza y tanta piedad en nombre del auto-desprecio de Benito, que maldecía su suerte comenzando por el nombre que le pusieron, siguiendo por su cuerpo descarnado y su lugar lleno de desventajas en este mundo, y que había amado a sus padres, según me dijo, hasta cuando descubrió que se convertían en ratones por las noches para saquear las despensas del vecindario. ☐



Aquellos diciembres

De la Navidad cada quien habla según le vaya. Estas Estampas Navideñas nos llevan de la inocencia a la herejía, del esperado traído a la familia cansona y la resaca.

Del pesebre al Spórting

Juan Carlos Orrego.

En mi casa el pesebre fue cosa solemne hasta que yo tuve diez años. Bajar la caja de la parte alta del clóset de mi mamá ponía arrozado a cualquiera: el olor a musgo fermentado, el bulo de los "santos" marcados con el sello "Talleres Plásticos Bartoplás" (¿o era Bartolini, como las glándulas de aquella cavidad, también musgosa?), y, sobre todo, el hecho del que todo aquello era prueba irrefutable: había llegado el tiempo de los aguinaldos y el traído.

Después, por el acné de mis hermanos y mis deslucidos once años —la Unicef dirá lo que quiera, pero se es niño hasta los diez—, el pesebre fue clausurado y los santos quedaron tirados en mi cuarto de juegos. No tuve más remedio que incluirlos en mis equipos de fútbol de muñecos. Eso sí, sólo al buey, la mula, los tres reyes magos y algunos zagalillos: sentía un no sé qué de sólo pensar que el Niño Jesús tuviera que marcar punta o que San José acabara como volante de marca, y ni se diga la Virgen. Mientras tanto, animales y reyes no tenían nada de santos, o, mejor, eran santos sin santidad.

Pasar de ser figura de pesebre y convertirse en figura de fútbol obliga a un cambio de función y, por lo menos, a un acomodo del nombre. Melchor se hizo *stopper* y se llamó Melchor Mauricio Uribe (por ese entonces el apellido estaba limpio), en tanto Gaspar, compañero inseparable, se convirtió en líbero y tomó el obligado apellido Ospina, como el famoso actor de la televisión (mi mamá debió meter baza en ese bautizo, por más que ahora no lo recuerde). Baltasar, arquero, se llamó... ¿Baltasar Botero? No: Oscar Darío Arciniegas. De todos modos, muy pronto se olvidó ese nombre originalísimo y fue conocido como el "Tuso". A la mula le cayó por inercia el nombre del astro de turno del Cúcuta Deportivo, Juan Francisco Mulethaler, pero no fue volante sino puntero derecho. Por simetría obligada, el buey fue puntero izquierdo y tomó el nombre de otro uruguayo, Mario Saralegui, quien había sonado en la Copa América del 83.

Yo tenía una liga mejor surtida y acondicionada que el Torneo Postobón, de modo que los refuerzos fueron a parar a diversos equipos. El más memorable de todos fue el Spórting F. C., que contrató al "Tuso", Ospina y Mulethaler. Incluso, allí había otros jubilados del pesebre de poca monta: Luis Aquino, un pastor que mal-marcababa la punta izquierda (usaba sombrero rojo y llevaba un cisne en el regazo), y J. J. Marín, una oveja de plástico blando que pateaba los tiros libres mejor que Rubén Da-

río Bustos. El resto de los jugadores eran personajes de Disney, frascos de jugo en forma de oso y, me parece, alguna muñeca raptada a mi hermana y que había sido convenientemente operada.

El título más sonado del Spórting fue en la Copa de Oro de 1985. Jugaron la final contra Séter, un equipo de perros, patos y gatos donde, justamente, atajaba un minino imbatible: el "Gato" Pérez (cuando eso no existía el de Millonarios), en cuya prehistoria perteneció a mi hermana y llevó el ignominioso nombre de Michela. Spórting ganó 1-0, en un partido dramático en que fue expulsado Ospina por dejar caer su mole durísima contra un pajarito de porcelana. Pero cuando todo parecía acabado, a dos minutos de los penaltis, la pelota de plástico —una a rayas rojas y blancas que yo había recogido en una piñata— chocó en la cabeza de Mulethaler y se embocó en el ángulo superior de la pata izquierda del "Gato". Así ganó Spórting su primera estrella, que brilló rutilante sobre su escudo; más o menos como la de Belén. ☪



Una historia que pudo ser otra

Elkin Restrepo.



La noticia alteró el ánimo de Herodes "El Glande", aunque había quienes en la corte no cesaban de repetirle que los rumores eran infundados. En algún lugar del reino había nacido el verdadero Rey de reyes, convirtiéndolo a él, por simple sustracción de materia, en un usurpador. Eso decían los rumores, rumores que lo llevaban a mesarse las barbas en actitud reflexiva, mientras miraba el brumoso mar Muerto desde su palacio de invierno. Si eso era así, mil y una preocupaciones lo esperaban, algo que lo distraería de sus deberes con su mujer Marian, a quien precisamente en ese momento las sulfurosas brisas marinas que entraban por el ventanal, le desceñían la túnica, echada allí sobre el jergón traído de Egipto, al cual se le reconocían poderes mágicos capaces de convertir a un gatito en una fiera y a una fiera en un gatito.

"Glande", que era como lo llamaba en la intimidad, "aparta tanta pesadumbre y ven a mi lado". Y Marian dejaba deslizar aún más la túnica, mostrándose cual era, una criatura divina frente a la que Herodes succumbía sin pensarlo dos veces.

Era noche temprana cuando los astrólogos de palacio señalaron que esa nueva y vistosa estrella recién aparecida sobre el cielo judío llenaba de presagios el orden de la existencia. Una aseveración que descompuso al Glande hasta el punto de llamar ramera y puta a su mujer sin ninguna razón, sólo por distraerlo de sus otras tareas. Cabe acá una observación: irritado por este tipo de demandas reiteradas, Herodes no tardó en mandarla matar, reemplazándola por diez esposas, que jamás perturbaban sus oficios de estado a pesar del número, ni lo llamaron "glande" en las tibiezas del aposento; que, como extravagancia suma, iban muy

Del otro mundo

Fernando Mora Meléndez.

Melchor, Baltasar y Gaspar iban camino de la estrella de Belén. El camello en que montaba Gaspar era lento y debilucho, tanto así que siempre iba de último y muy lejos de los otros. Tal vez por eso dio en caerse a un hueco profundo. El golpe hizo desmayar al rey y perder algo del incienso que llevaba como ofrenda al Niño Dios.

Gaspar despertó adolorido y, con el camello también yacente. Alrededor suyo no había más que oscuridad. Miró hacia lo alto y vio pequeños agujeros de luz. No divisó por ningún lado la estrella de Belén. Descendió de la bestia y comenzó a caminar. Se dio cuenta de que no había hierba ni pedruscos. El piso era liso como el mármol, aunque había mucho polvo y grandes virutas de madera. Unos pasos más adelante se halló junto a una columna que hacía parte de una armazón colosal. En un costado vio la enorme pared donde se leía, en lengua de Hispania: "Este lado arriba".

No bien se repuso del asombro alcanzó a ver una especie de sandalia de un gigante. Aterrorizado se devolvió hacia donde estaba el came-

llo y, cuando se sintió a salvo, pensó: "Cuántas cosas extrañas hay bajo la Tierra que ignora la sabiduría".

De repente oyó una voz que retumbaba detrás de los agujeros de arriba: "¿Qué se habrá hecho el otro rey mago? Debe ser que Ana lo cogió otra vez para jugar". Gaspar sintió temor y le rogó al Mesías que lo sacara de allí con vida. Unos minutos después vio un resplandor que descendía y era cada vez más intenso. Antes de acabar de comprobar, como astrónomo, si se trataba de la estrella de Belén, la luz lo cegó hasta la inconsciencia. "Míralo allá abajo, dijo la voz, teneme aquí la linterna mientras lo saco".

Gaspar volvió a ver las nubes de algodón, los rebaños pendiendo de las rocas, los lagos como espejos con sus cisnes. Sin saber cómo, estaba otra vez sobre el camello, por el sendero de arena. Y cuando no vio ni a Melchor ni a Baltasar, miró hacia atrás para darse cuenta que, por primera vez en todo el viaje, él iba a la delantera. "Esto sí que es un milagro", se dijo. Y volvió a ver, fulgurante, entre otras luces coloridas, a la estrella que los guiaba. ☪



Elkin Obregón S.

Miniancheta

Me desperté de repente, sintiendo una presencia en el cuarto. Por la ventana (cerrada) se filtraban los acordes del *Jingle bells*, en versión de Frank Sinatra. Me incorporé a medias, y vi, sentado al borde de mi lecho, la figura de un visitante. Aunque soy ateo confeso, no pude evitar reconocerlo, a pesar de que su aspecto no era el de un niño; lucía casi adolescente, vestía un chaquetón de drill, camisa a rayas, jeans, y calzaba tenis marca Nike. Su aparición me intimidó, temiendo lo peor.

—No temas —me dijo, como si leyera mi pensamiento—. No he venido a llevarte. Yo estoy al margen de esos asuntos.

Tranquilizado respecto a ese punto, cobré ánimos para preguntarle:

—Y entonces, ¿qué te trae a mi casa, Joven Jesús?

—Solamente quiero que me dediques un libro tuyo —respondió. Y, sacando un libro del bolsillo de su chaqueta, me lo tendió sin añadir palabra.

Escribí una dedicatoria convencional, y firmé con mis iniciales, F. V.

—Pero —alcancé a musitar—, se trata de un libro muy anticlerical...

El Joven Jesús sonrió. —Esos son mis favoritos —dijo.

Coda

En sus bellos cuentos de Navidad, Charles Dickens nos entrega el sabor y el olor de su Londres del siglo XIX. Yo, que estoy leyendo a Jaime Jaramillo Escobar, quisiera leer un cuento suyo sobre la Navidad, con olor al suroeste antioqueño, a su río Cauca, a sus pastizales de Yaraguá (los de Jaime). Qué linda historia le saldría, a este yerbatero que no vende nada, ni siquiera belleza, porque la regala. ☪



bien para mostrar poderío allí donde, para no hablar de personas, reinaba la decadencia. El rey, era un hecho, se hacía viejo.

Herodes pronto concluyó que aquella insidiosa estrella que apuntaba en el cielo, tenía que ver con él y la salud de su reino. Se trataba de una luz enemiga que parpadeaba y hacía guiños a alguien diferente, a quien tenía que descubrir y eliminar antes de que fuera demasiado tarde. La estrella insistía: el gran Rey de los judíos había nacido en aquellos parajes y lo más aconsejable era tomar muy en serio el acontecimiento.

Los Reyes Magos quienes, motivados por la buena nueva, querían saludarlo a su paso por Jerusalén, fueron desviados por un ángel sabelotodo, lo que empeoró los nervios del despota. Tomar medidas, sin embargo, no se hizo fácil. La explosión demográfica hacía muy difícil saber quién era quién

y es sabido que los niños judíos son todos igual de feos, ¿cómo dar entonces con el intrigante?

Bueno, conocemos la historia.

Herodes nunca supo que sus temores obedecían a un error de interpretación del mensaje. La estrella se refería a otro reino, al de los cielos, no al suyo que él podía seguir disfrutando. Su ceguera hermenéutica terminó bajándolo del pedestal de la historia, por lo menos de ésta, hecho un hazmerreír frente a sus hablantinosas esposas que siempre llamaron a esto, aquello, y a aquello, esto, con algo de razón, es de suponer, pues Herodes ya no era Herodes. Quizá esto explique por qué su protagonismo sea ninguno en esta superproducción planetaria que para efectos de consumo y borrachera llaman Navidad. Otra hubiera sido la historia si Herodes, en defensa de lo legítimamente suyo, hubiera actuado con resultados más efectivos y hecho lo debido. ☪





Única fotografía de la expedición de Amundsen en 1911, descubierta en 2010 en los archivos de la Biblioteca Nacional de Australia.



Otros centros

Navidad en el Polo

Ignacio Piedrahíta.

Gi- rando vanidosamente sobre sí misma, la Tierra se va bronceando por partes a lo largo del año. Aunque en el trópico nos cae sol todo el tiempo, la gente de otras latitudes aguanta resignada el invierno y espera con ansias el verano. Sin embargo, hay dos lugares en el planeta en los que el sol es apenas un disco luminoso decorativo, un objeto estelar inofensivo que enciende los ánimos más por sugestión que por verdadero calor. Estos lugares son, naturalmente, los polos.

Uno de ellos, el del norte, es una cámara de hielo flotante que en los meses más fríos forma un solo cuerpo con Europa, Rusia y Canadá. De ahí que, pese a sus duras condiciones, algunos pueblos hayan aprendido a sobrevivir en esas gélidas regiones. Mientras tanto, el Polo Sur, también conocido como la Antártida, es un continente de roca cubierto de hielo, aislado de todos los lugares conocidos, que permaneció inexplorado hasta principios del siglo veinte.

Hace cien años, Europa era un lugar encantador. Los Estados y sus monarcas tenían posesiones en Asia y en África de las que obtenían grandes riquezas, mientras sus marinas mercantes comerciaban a todo lo largo y ancho de un mundo sin demasiados misterios. Pero en la mente del ser humano no hay tranquilidad posible, y el ocio le da ideas a los más inquietos. Mientras los militares ocupaban sus días en diseñar planes para aniquilar a sus vecinos, los exploradores estaban dedicados a estudiar la manera de romper por fin con el mito del Polo Sur.

No se trataba de llegar a tocar las costas de la Antártida y dar un paseo durante el día para volver a dormir en el barco, sino de hacer una travesía de meses por su blanca geografía hasta llegar al verdadero polo, es decir, al punto cero de latitud sur. Cualquier ser humano que quisiera alcanzarlo, debía recorrer meses enteros para entrar y salir de ese laberinto sin paredes que son los vastos campos de nieve de la Antártida. Por esta razón, cuando quedaban ya pocos lugares en los que el hombre no hubiera puesto el pie, el ombligo del mundo se convirtió en una obsesión para los aventureros.

Fue en medio de esa próspera paz europea, que dos hombres de mar se propusieron ser los primeros en lograrlo. Cada quien por su lado y en relativo secreto, ambos prepararon sus expediciones. Uno de ellos era noruego, Roald Amundsen, miembro de una familia propietaria de barcos mercantes. El otro era un capitán de la marina real inglesa, Robert Scott, quien ya había integrado una expedición anterior que intentó en vano conquis-

tar los hielos. Recelosos el uno del otro, zarparon a mediados de 1910, llevando todo lo que consideraban esencial para alcanzar la meta durante la Navidad del año siguiente.

En el camino, ambos hicieron estación en Nueva Zelanda y pasaron allí un tiempo poniendo a prueba sus métodos y equipo, así como su estado físico, necesario para las largas caminatas por los hielos perpetuos. Debido a que tendrían que llevar todo consigo durante la travesía —comida y equipo para sobrevivir al frío—, cada uno apostó por diferentes medios según su experiencia.

Amundsen optó por poner en práctica los conocimientos que había obtenido de las tribus de Groenlandia, con las que había convivido. Y dedujo que ningún hombre podría resistir las gélidas temperaturas polares sin vestir pieles de animal. Por lo tanto, dotó a los miembros de su expedición con holgadas pieles de lobo, que al tiempo que calentaban, permitían ventilación. También, adoptó la disposición en abanico —y no en doble fila india—, de los perros siberianos que hablarían los trineos. Estas medidas y un pequeño secreto, serían los que darían al noruego un triunfo definitivo.

Scott, por su parte, confiaba más en los trajes hechos de fibras artificiales, y pensó que los trineos a motor serían más útiles que los perros. El resto, sería cargado por caballos asiáticos acostumbrados al frío. Estaba tan seguro de sus disposiciones, que ni siquiera se preocupó por aprender a esquiar bien, deporte en el que Amundsen y los suyos eran expertos. Encomendado a la tecnología, el capitán de la marina de su majestad comenzó a caminar el 1 de noviembre de 1911, diez días después de que lo hiciera Amundsen.

Cada expedición eligió una ruta diferente. El camino incluía no sólo un largo trayecto por una planicie cubierta de nieve sino la remontada de las Montañas de la Reina Maud y finalmente una línea recta por la soledad más profunda de la Antártida. Ambos exploradores llegaron al Polo con una diferencia de 30 días. Amundsen marcó el lugar exacto un inolvidable 14 de diciembre. Dejó allí una bandera Noruega, cartas para su rival y algunas provisiones de regalo. Scott llegó el 17 de enero, tan exhausto que aceptó de buena gana las viandas de cortesía. El regreso fue el que marcó la diferencia: Amundsen lo hizo sin problemas, Scott, no. Murió congelado en el intento junto a sus compañeros, a finales de marzo de 1912.

Curiosamente, Scott, a pesar de haber perdido la apuesta, es un persona-

je que se ha hecho más popular que su rival. Muchos de nosotros oímos hablar del capitán inglés en los años ochenta, por una canción del trío español Mecano llamada "Héroes de la Antártida". Es fácil recordarla, pues comienza con unas graves palabras —dichas y no cantadas—: "18 de enero de 1912. El capitán Scott, acompañado de Evans, Wilson, Bowers y Oates, alcanza el Polo Sur. Pero fracasó en la hazaña de ser el primero. Sobre el punto de latitud cero ondea ya la bandera del explorador Amundsen. Exhaustos y fracasados, emprenden el regreso."

Otros, más cultos, como Nacho Cano, el compositor de la canción, tuvieron noticia de Scott por los libros, especialmente a través del relato de Stefan Zweig. El escritor austriaco tenía 30 años cuando salieron las dos expediciones y, después, decidió contar la historia de Scott a partir de sus diarios, encontrados junto a su cadáver congelado. Aunque el éxito de Amundsen también fue contado y publicado, ha tenido más eco la tragedia de Scott. Esto se explica en parte porque no solo los perdedores tienen mucho de atractivo para el drama, sino que los diarios del capitán resultan conmovedores y reveladores de una heroica lucha contra el frío.

¿Qué fue lo que hizo a que Amundsen ganara y Scott perdiera? No fue la falta de carácter ni de voluntad de ninguno de los dos, ni la carencia de planeación ni de cabeza fría a la hora de trazar sus caminos. Fueron ciertas decisiones, que le dieron ventajas a uno y se convirtieron en obstáculos para el otro. Los abrigos de piel, tal como había sido probado en Groenlandia por siglos, fueron más resistentes a las ventiscas polares cu-



Navío Fram en la Antártida.

Porque la vida entra en las palabras
como el mar en un barco,
cubre de tiempo el nombre de las cosas
y lleva a la raíz de un adjetivo
el cielo de una fecha,
el balcón de una casa,
la luz de una ciudad reflejada en un río.

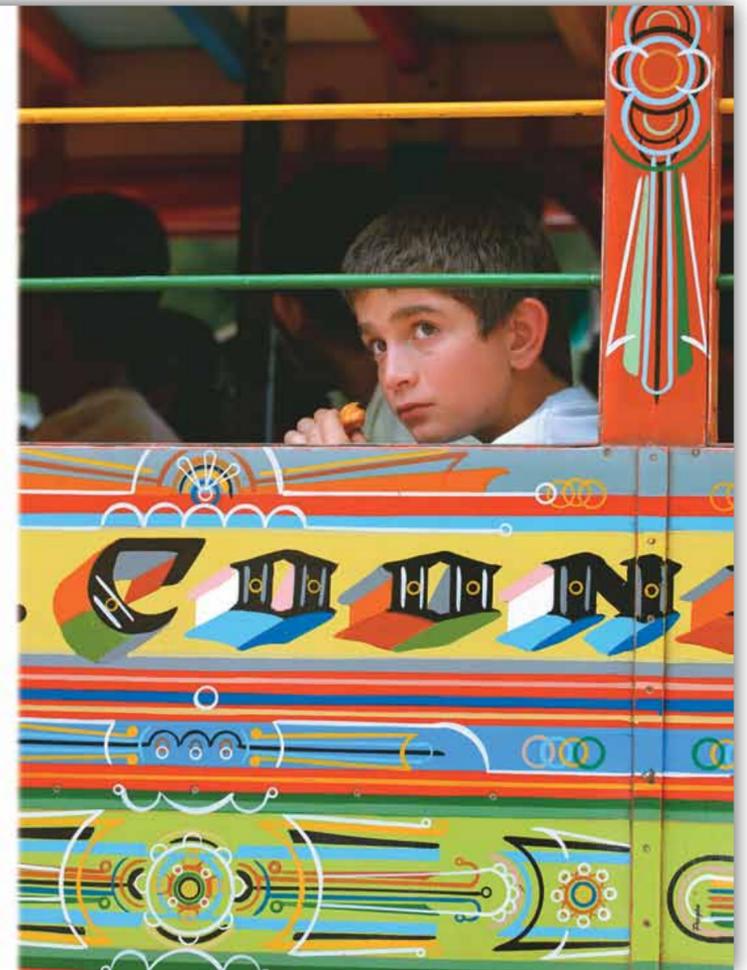
Luis García Montero
(Granada 1958)



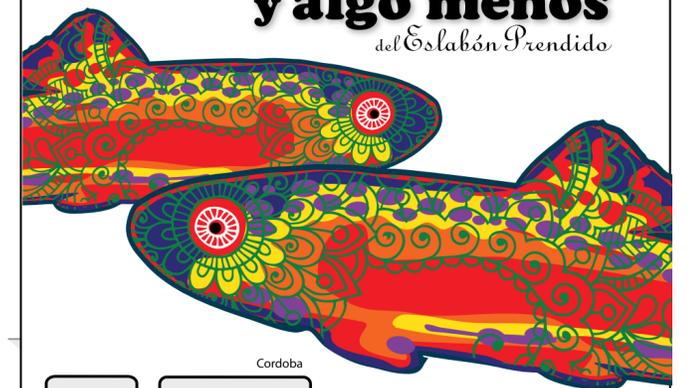
Porque el futuro es confiar
2011-2012



el rincón retirito de truchalrita



RESTAURANTE
Truchas
y algo menos
del Eslabón Prendido

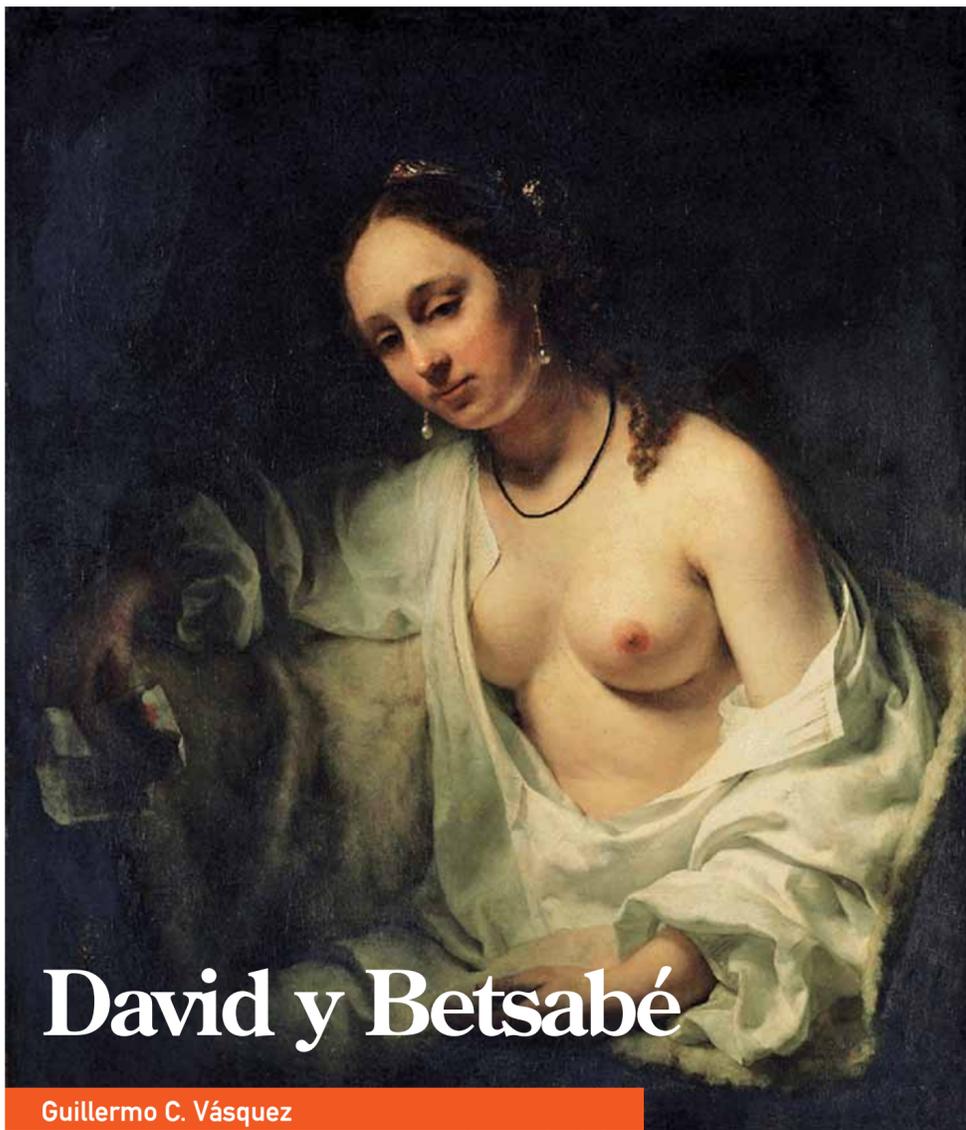


Tel. 239 3400
C/le 53 No. 42-55
yolimagia2000@yahoo.com
Medellín-Colombia

★ Menú ejecutivo \$12.000

Trucha a la plancha o apañada de 250 grs, acompañada de consomé, arroz con coco, patacón, ensalada, bebida y postre...

Abierto domingo a domingo
de 11:30 a 3:30, domingos de 11:30 a 5:00



David y Betsabé

Guillermo C. Vásquez

Era un verano cálido en Jerusalén, la ciudadela que había sido de los terribles jebuseos hasta hacía pocos años. El ejército, al mando de Joab, completaba la sujeción de los pueblos orientales que tantas veces irrumpían en los campos de las tribus de Benjamín y Manasés, incendiando los sembrados, robándose los rebaños de ovejas y de cabras, las mujeres y los niños, dejando en ruinas todo lo demás. El rey David, hijo de Jesé, yerno del difunto rey Saúl, amigo del también difunto príncipe Jonatán, esposo de la princesa Mikal y de tantas otras bellas y nobilísimas hijas de jeques, reyes y príncipes, se paseaba acalorado y nervioso por la terraza de su palacio y fortaleza. Pensaba en la fortuna del ejército, si el Señor de los cielos le daría la derrota o el triunfo. El, de quien depende todo en el cielo y en la tierra.

Miraba hacia el oriente, hacia las montañas de los amonitas y los moabitas, más allá de la depresión del Jordán y del Mar de la Sal, hacia el cielo azul sin una sola nube. El aire reverberaba en partículas de oro y de plata cuando sus ojos cayeron sobre la visión encantadora: al aire libre, en el patiecito de su modesta vivienda por debajo del palacio real, a la sombra de la higuera que no lograba ocultar su esplendorosa desnudez, se bañaba Betsabé, la esposa de Urías el hitita, el valiente oficial mercenario de las tropas reales que en ese momento se afanaba, cubierto de polvo y de sudor, contra los muros insalvables de una fortaleza enemiga.

Betsabé, la mujer del hitita... El rey había oído hablar de su belleza pero nunca la había visto. Decían que era blanca como la nieve, sus cabellos del color del oro más fino, sus labios perfectos parecían hechos del rosicler de la mañana, sus manos abiertas recordaban los lotos del Nilo, sus ojos brillaban con el esplendor de las esmeraldas. Se había soñado, sin haberlos visto nunca, sus senos perfectos, sus caderas voluptuosas, los pies cincelados. Y ahora la veía desde la terraza del palacio, la contemplaba como en una pesadilla de insólita y no dejaba de mirarla con la boca entreabierta de deseo y el vientre palpitante; hasta que una anciana servidora, como si se hubiera percatado de la imprudencia de ambos, corrió a cubrirla con un lienzo de lino transparente y la llevó corriendo hasta la portezuela de la habitación.

En los ojos de David quedaron reverberando las guedejas doradas esparcidas al aire incandescente de la mañana, los pies apresurados, la raíz bifurcada de la espalda de alabastro. Gritó su nombre para conjurar el espanto: ¡Betsabé! y el grito bajó apagándose hasta las almenas de las murallas ciclópeas e hizo balar a las ovejas y a las cabras.

Esa misma noche Betsabé fue llevada a las habitaciones del rey envuelta en un oscuro manto; la acompañaba su humilde y vieja esclava que no se atrevió a desobedecer la orden perentoria, transmitida por dos eunucos del harén: ¡que sea traída esa mujer a mi presencia! Muda y asustada como una corderita se entregó a las caricias insaciables:

el rey recorrió con sus labios, su lengua y sus dedos cada punto de su cuerpo, la contempló por horas a la luz de la luna creciente, sollozó de miedo y de placer besándole los pies y las rodillas, con voz agonizante de amante enloquecido le prometió el reino entero si lo amaba, y el alba dorada del verano en Jerusalén iluminó la desnudez de la pareja, cuando ya habían finalizado, frente al pabellón del Arca de la Alianza, los sacrificios matutinos.

Betsabé permaneció varios días en el torreón del rey, separada de las demás mujeres del harén, pero por toda la ciudadela circulaba el rumor: había sido arrebatada a su esposo Urías. ¿Quién podía desafiar la voluntad del vencedor del gigante Goliat, sucesor del rechazado por Dios, el pobre rey Saúl, del astuto conquistador de Jerusalén que había hecho penetrar a su guardia personal a través del canal que desde la fuente Guijón conducía el agua, por entre la durísima peña, hasta el interior de la ciudadela, y había convertido en pura fatuidad el burlón decir de los jebuseos, los que le gritaban desde la muralla “los ciegos y los cojos te batirán a nuestras puertas”?

Urías fue llamado con urgencia desde el frente de batalla a la presencia del rey. Hablaba todavía mal la lengua del país, se había vendido al ejército israelita cuando los aqueos, los dorios y las demás tribus de la Hélade avasallaron al poderoso imperio de los Hatti. Su hermosa mujer era un enigma: nadie sabía de donde la había sacado cuando

Betsabé recibe la carta de David. (1654)
Willem Drost

En la guerra y en el amor todo se vale. La historia de David y Betsabé es un testimonio de cómo es posible salirse con la suya en ambas.

se instaló con ella en la ciudadela del rey hebreo, al cual ahora él servía con rendida fidelidad de perro.

Llegó del campo de batalla anhelante, sucio y sudoroso, y se presentó al palacio inmediatamente. David, al verlo, sintió que los remordimientos le mordían el hígado, le rogó que fuera a descansar a su casa a donde había sido llevada de vuelta, en secreto, Betsabé. Le rogó que se diera gusto y descansara, que tenía una importante misión que confiarle pero que todavía tenían tiempo... Urías se negó rotundamente: “Dormiré atravesado a tu puerta mi rey, dormiré en el dintel del palacio, dormiré en la terraza, en donde mi rey me deje dormir, pero no subiré a mi lecho, no me lo ordenes mi rey, estoy consagrado a Adonay”. Era la ley, era la tradición, David ordenó que dispusiera una habitación en el torreón para su fiel servidor y que se le atendiera dignamente, e hizo llamar a los escribas egipcios.

Dictó David: “Urías el hitita sea colocado en el lugar más peligroso del combate, se le abandone cuando lo rodeen los enemigos. Es una orden del rey”. El papiro, sellado con cera y envuelto en una ampolla de plomo, fue llevado por el



David y Betsabé. (1951)
Director Henry King

mismo Urías al campamento, instalado ya en torno de la ciudad de Amón. Joab el jefe de ejército cumplió al pie de la letra las órdenes del rey. El mercenario hitita se batió como un león, los senos de Betsabé, sus hermosos ojos verdes fueron su última visión antes de caer atravesado por las flechas; sus últimas palabras fueron el nombre de su amada y el de su rey: “Betsabé”, “David”.

Por toda la ciudad circuló la noticia, de puerta en puerta, de terraza en terraza. Las gentes estaban indignadas, pero la indignación duró hasta la entrada triunfal del ejército: el rey ordenó repartir el botín entre todos los habitantes de la capital. Betsabé fue instalada discretamente en nuevas habitaciones que se añadieron a los edificios del harén; estaba notoriamente embarazada y el rey no quería ni quiso saber de ninguna otra mujer por mucho tiempo. Sus rivales la llamaban por burla: “Reina Madre”, “Gran Señora”, pero las burlas se convirtieron en sus títulos oficiales y así pasaron al protocolo de la casa real.

¡Viva el rey! gritó un heraldo, y David se sobresaltó en la terraza en donde tomaba el sol al final del otoño, cuando llegaban hasta el palacio las canciones de los viñadores. ¡Viva el rey! ¡El nabí quiere hablar con el rey!

Era un viejo greñudo a quien temían las mujeres y los niños, le ladraban los perros; caminaba tembloroso apoyándose en un palo nudoso, vestía casi de harapos y su semidesnudez apenas se disimulaba bajo un manto grueso, sucio y de color indefinible que a veces se ceñía al cuerpo con una maloliente tira de piel de camello.

David lo recibía con temor y temblor. El profeta, el nabí, se llamaba Natán, y se había opuesto rotundamente a los planes del rey de albergar el Arca de la Alianza en un templo al estilo de los de Egipto. Alegaba que Yahvé era un Dios peregrino, trashumante, que no habitaba ni en los cielos ni en la tierra, ni en la luz ni en las tinieblas, ni en el desierto ni en las cumbres del monte Hermon, ni en el mar ni en las fuentes del río Jordán. Había prometido a gritos que más bien Yahvé le construiría a David una casa indestructible, eterna, que un descendiente de sus propios riñones se sentaría para siempre en su trono; Yahvé no quería ni necesitaba nada del rey, el Arca era su trono y podía estar perfectamente al aire libre, bajo el pabellón de pieles de crines bajo el cual había estado siempre desde los tiempos inmemoriales de la vagancia por el Nueve, bajo el sol, el viento y la arena, bajo el diluvio y los relámpagos ¿Quién se creía David para pretender encerrarla entre muros de piedra? ¡Cuán fatuos son los reyes de este mundo!

El rey se inclinó casi hasta el suelo ante Natán; el viejo gruñón se protegía los ojos del sol con la mano sarmen-tosa: ¡Oh rey, tengo algo que decirte! Y David volvió a inclinarse, hasta que los guardias trajeron apresurados dos banquillos, los eunucos entraron portando los flabelos de plumas de avestruz porque el sol otoñal ya estaba muy alto y comenzaba a hacer calor. “¡Habla Natán, te escucho complacido, aquí hay agua, aquí hay vino!” y le alargó respetuosamente las dos copas. El nabí rechazó con la mano, pateó el banquillo que le ofrecían para sentarse, se mordía los labios de rabia, se alisaba la barba sucia.

¡Tengo algo que decirte, oh rey! David se temía lo peor, casi temblaba: él,

Imagen de la película David y Betsabé.

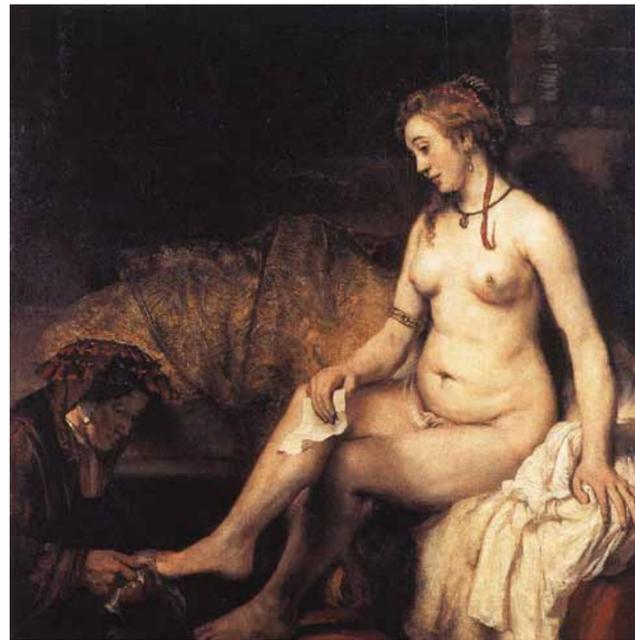


el vencedor de Goliat, el que estrangulaba leones con los brazos, el conquistador astuto de Jerusalén, el esposo de Mikal, la hija predilecta de Saúl, el rey de todo Israel casi temblaba ante este viejo sucio y medio loco. “¡Habla Natán!” Casi le rogó. “¡Escucha bien, oh rey!”.

Y comenzó a decir pausadamente, como si nada: “Conocí a un hombre pobre cuya única riqueza era una ovejita, era como su hija, ella dormía en su regazo, comía de su mano, lo seguía a todas partes balando alegremente, lo esperaba con sus ojos tristes cuando la dejaba sola. Este buen hombre tenía un vecino rico, gordo y muy alto, que tenía ovejas y cabras por montones y pastores celosos a su cuidado. Le llegó un huésped, una noche de las primeras lluvias y por no despertar a sus servidores, y por no rebajar ni en una las cabezas de sus rebaños, robó la ovejita de su vecino pobre que dormía muy cansado a pierna suelta, pues había trabajado en la vendimia

todo el día, la hizo guisar con hierbas y especias y la sirvió con pan y con vino nuevo a su ilustre e inoportuno huésped.

David, que se había sentado para escuchar el cuento, se puso de pie indignado, los flabelos se detuvieron de súbito y el rey, señalando a Natán con el dedo, gritó: “¡Ese hombre merece la muerte!” “¡Ese hombre eres tú!” gritó a su vez Natán, señalándolo con su índice de uña larga. “¡Ese hombre eres tú! Y ahora, ¡escucha bien! Así dice Yahve, el bendito y el único: Yo te hice rey de todo Israel, yo sometí a tus enemigos a tus pies, y te di sus tesoros y sus mujeres, yo quité a Saúl de mi presencia y te hice grato a mis ojos que todo lo escuchan, pero tú raptaste a la mujer del pobre hitita a quien hiciste morir de mala muerte. ¡Asesino! ¡Ladrón! Así dice Yahvé: ¡Nunca se apartará la espada de tu casa! ¡Correrá la sangre de los tuyos como agua! ¡Yo te mantengo mi promesa de una descendencia eterna, porque soy fiel, pero también soy



justo! ¡La sangre de los tuyos varará la sangre de Urías que tu derramaste, la sangre de los inocentes!

David y sus servidores lo escuchaban y lo miraban boquiabiertos; el profeta se retiró dando ostensiblemente la espalda, bufando incoherencias, apartando a los servidores que se inclinaban temerosos a su paso. Pronto se regó de puerta en puerta, de terraza en terraza, la terrible noticia: así como había sido bendecido con la promesa de una descendencia eterna, así también el rey David había sido maldecido con un castigo espantoso. La noche otoñal cayó sobre Jerusalén mientras los perros, a lo lejos, ladraban al nabí.

Luego fueron los gritos de dolor y de arrepentimiento, se oían desde lejos, desde las murallas, en medio del silencio nocturno. Gritos desgarrados, blasfemias que hacían que las mujeres y los niños se taparan los oídos y que los hombres arreciaran sus oraciones. David lloraba su destino, clamaba perdón, maldecía su destino, invocaba la misericordia de Dios, evocaba al fiel Urías, llamaba a gritos a su adorada Betsabé. Y más tarde fueron los acordes de la cítara del rey en ritmo de quiná, de canto fúnebre, dos por tres, tres por dos, tres por dos, dos por tres. “Misericordia Dios mío por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lávame de mis pecados...”. Y se alzó el sol, al fin, y volvieron a resonar los cantos de los vendimiadores. El rey lloraba en su torreón sentado en un círculo de ceniza, sin lavarse, sin comer, cubriéndose de polvo la cabeza, la dorada cabellera, vestido con un saco de crines, rodeado de servidores tan apesadumbrados como él.

Así pasaron varios días hasta que un servidor de confianza se atrevió a acercarse a David y a susurrarle unas palabras al oído. El rey se puso de pie y declaró que cesaba el duelo. Betsabé había perdido a su hijo y ya era inútil llorar. Dios era justo y misericordioso. ¡Bendito por los siglos!, ¡el único, el omnipotente! Que prepararan su baño, que prepararan su mesa, que tan pronto la gran dama se repusiera fuera llevada a su presencia. ☪

Betsabé en el baño. (1654)
Rembrandt Van Rijn.

Con esta cuarta y última entrega, culminamos una serie de crónicas en conmemoración de los 20 años de la Constituyente de 1991, escritas por Iván Marulanda, quien fuera uno de sus grandes protagonistas. Los sueños que quedaron trunco, son los mismos que siguen vivos.

Tirofijo en la Constituyente

Iván Marulanda. Ilustración Veronica Velásquez



Er an las 4:30 a.m. en Caracas. El diálogo se había extendido durante 18 horas mientras salimos de la selva y atravesamos los cielos de Colombia y Venezuela, y era la hora de regresar a Bogotá. Nos levantábamos de la mesa para despedirnos cuando Alfonso Cano me sorprendió con algo que había reservado para el último instante: "Doctor Marulanda, en la Constituyente están sucediendo cosas importantes y nosotros queremos hacer parte de ella. Como los trabajos van avanzados no tiene sentido que las FARC sienten 10 delegados allá —no supe de dónde sacó eso ni le pregunté—, y es mejor que sea el propio comandante Marulanda quien vaya en persona a la Asamblea y en su lenguaje campesino les explique a los constituyentes y a los colombianos por qué estamos en esta guerra". Disimulé mi sorpresa pero no tuve duda de que Cano acababa de soltarme una bomba. Le respondí mirándole a los ojos, cansinos y escurridos detrás de las enormes gafas: "Le prometo que llevaré a la Constituyente la proposición de invitación a Manuel Marulanda para que hable en el pleno de la Asamblea".

Nos despedimos con calidez, con respeto, sin zalamería. Estábamos cansados pero sentíamos que se abrían las puertas para los sueños de paz que todos teníamos desde la juventud. Se nos notaba, aunque la conteníamos, la emoción de la esperanza. Mis nervios estaban distendidos: la tarea había terminado. Dejaba a estos hombres y mujeres de la guerra en lugar seguro, rodeados de consideraciones de los anfitriones venezolanos. El sitio era placentero, el hotel estaba construido sobre una colina aislada del tráfico urbano de Caracas. Nos atendían, en vajillas y cubiertos lustrosos, meseros trajeados de esmoquin y guantes blancos.

Cuando arribamos al hotel, horas atrás, salieron los dirigentes del ELN en comitiva a recibir a la delegación de las FARC. Aunque nos saludamos con cortesía, no sé quiénes eran. Quien sabe cuándo habían llegado; no debía ser muchas horas antes porque estaban recién bañados, afeitados y perfumados, y estrenaban ropa. Aunque nunca se lo pregunté, creo que el colega constituyente Alvaro Leyva lo había acompañado hasta allí. En breve conversación entre ellos, comentaron con gracejos sus fachas relucientes.

Los "elenos" estaban rozagantes y las prendas de vestir que lucían eran sencillas pero dignas, bonitas y cómodas. Era obvio que a mis acompañantes les tendrían las mismas atenciones, que los sacarían de su fatiga y mugre, y eso me alegró.

El viaje desde Fresno hasta Caracas había sido largo. El jet que nos llevó era lujoso, entapetado de cabo a rabo, sillas muelles, dos bellas azafatas rubias vestidas de uniformes relucientes nos dieron la bienvenida. Subí de último y me acomodé en la salita de visita, en la cola del avión. Compartí los cómodos sillones de atrás con Alfonso Cano, Iván Márquez y Pablo Catatumbo, y conversamos mirándonos las caras. Los temas de la tertulia fueron variados pero siempre sobre política. Catatumbo, que creo es abogado, me relató episodios trágicos de su familia que lo llevaron a tomar las armas; es inteligente, tranquilo, habla bien, me pareció preparado, tiene sus ideas claras. Márquez, parco, dice en pocas frases lo que piensa: sin sombras de duda, directo. Cano era el jefe y su fibra política era evidente. Informado, sereno, parecía más intelectual que guerrero.

Los temas que más les interesaron a Cano se referían a la Constitución. Insistía en que era necesario revisar lo atinente a la fuerza pública, que a su juicio no se había tocado. La verdad es que a la sazón apenas entrábamos en materia, pero no tenía razón sobre la voluntad de la Constituyente al respecto. A mi regreso me enteré que, por coincidencia, ese día se había votado el artículo sobre la prohibición de que los civiles fueran juzgados por militares, pero había sido derrotada por un voto. Faltó el mío y eso me produjo desazón. Por fortuna, tuvimos otra oportunidad para votar la proposición y ganamos por un voto. El artículo está en la Constitución, como está el que determina que los militares sean juzgados por jueces civiles cuando cometen actos irregulares por fuera del servicio; y el que expresa que los subalternos en la fuerza pública no están obligados a obedecer órdenes que violen los Derechos Humanos, la Constitución o la Ley.

Mientras dialogaba con mis contertulios en pleno vuelo, el combo de pasajeros de adelan-

te se divertía probando bocadillos multicolores y sofisticados que les ofrecían las azafatas: tostadas untadas de salsas con caviar, colas de langostino, salmón rosado, huevos de codorniz y qué sé yo cuántas sabrosuras más, acompañadas de champaña y vinos regios. Arrasaron con las existencias de comestibles y bebestibles. Nuestro grupo de retaguardia, en cambio, estuvo frugal: comimos sándwiches con coca cola y nada más. La dieta fue benévola con nuestros organismos, pero los demás devolvieron las atenciones sin escrúpulo... No puedo describir lo que se respiraba en ese avión a las dos horas de haber partido —esa mezcla de vapores exhalados por hombres y mujeres sudorosos, salidos de las profundidades de las madrigueras en el monte, y los olores de sus vómitos— mejor que con esta sentencia: Olía a diablo rodado. Los rostros de las mujeres eran blancos como hojas de papel, casi transparentes, y sus ojos vagaban perdidos por vacíos inescrutables. Quienes estábamos bajo control no hicimos el más mínimo comentario sobre aquel escenario de mortecina: todo era comprensible.

Aterrizamos en la base militar venezolana de Santo Domingo. Vi por la ventanilla que al pie de la escalerilla se alineaban distintos militares, al parecer de diferentes armas, ataviados con vistosos y curiosos uniformes. Bajé primero, me preguntaron si yo era el Constituyente Marulanda, me saludaron con amabilidad y nos ofrecieron pasar al terminal para atenderlos. Agradecí al oficial que hablaba en nombre de los demás y le dije que le entregaba, con Lorenzo, a nuestros acompañantes, y que regresaríamos de inmediato a Bogotá. "Por ningún motivo, señor", me contestó, "ustedes deben ir con ellos hasta Caracas... con gusto los vamos a escoltar hasta allá". Luego nos invitaron a seguir al lujoso terminal para que se reanimaran los pasajeros averiados.

En el viaje desde allí hasta Caracas nos siguieron de cerca aviones de la Fuerza Aérea Venezolana. En la capital nos esperaban caravanas interminables de soldados y policías montados en toda clase de autos, motocicletas, camiones antimotines, camionetas, jeeps. Nos invitaron a subir en un inmenso y confortable pulman, y

la comitiva arrancó como alma que lleva el diablo por avenidas enormes, en su totalidad despejadas para nuestro paso, sin interrupción ni pare alguno. Volamos literalmente hasta llegar al hotel, donde cenamos sin bañarnos ni cambiarnos: no teníamos ropa de recambio. Luego nos ofrecieron seguir a las alcobas que nos tenían dispuestas. Lorenzo aceptó ir a la suya, y nosotros nos quedamos en una pequeña sala para continuar nuestras conversaciones. A Cano, Márquez y Catatumbo se sumó Andrés París, quien había estado marginado hasta ese momento del diálogo. A propósito, ese hombre fue el único agresivo y a veces exaltado del grupo, mientras los demás estuvieron siempre serenos y respetaron el tono civilizado de la conversación. Le dije en cierto momento: "Amigo, en esa tónica vamos a tener guerra para toda la vida", y a partir de ahí se calmó. Cano le puso encima su mirada de jefe... mirada de ternero huérfano.

Ya para partir, Cano me dijo algo que no olvidaré: "Doctor Marulanda, el punto más importante de estas negociaciones es este: ¿Cómo nos van a garantizar la vida? Porque cada vez que intentamos dejar las armas y reingresar a la sociedad, nos asesinan".

Lorenzo y yo volvimos a nuestro jet, convertido en basurero nauseabundo, y volamos directo a Bogotá. Yo llevaba más de un día sin dormir y aun así seguí envuelto en cavilaciones durante varias horas. Al tocar tierra llamé al Presidente Gaviria y le pedí que me recibiera. Me despedí de Lorenzo y salí para Palacio con la ropa impregnada de monte y guerrilla. Le dije a Gaviria muchas cosas en que había meditado y le comenté detalles que consideré importantes; por ejemplo, le advertí que su interlocutor con los jefes guerrilleros, el doctor Jesús Bejarano, era odiado por las FARC desde cuando era estudiante en la Universidad Nacional. Ellos veían a "Chucho" como traidor... Me pareció entenderles que en su juventud militó con ellos en las líneas comunistas. Le advertí al Presidente que no le veía futuro al diálogo con esa desconfianza de por medio.

El Presidente Gaviria, como siempre que hablé conmigo, escuchó con todos los sentidos despiertos, pero no comentó nada. Al final le dije el motivo de mi visita intempestiva: "Voy a presentar la proposición para que la Constituyente invite a Manuel Marulanda Vélez a hablar en sesión plenaria, y quiero que conozca el texto que prepararé tan pronto llegue a la Asamblea, luego de salir de aquí". "Gracias... Muéstraselo al ministro De La Calle, que está allá", me contestó.

Fui directo a mi escritorio en el pleno de la Constituyente, saqué mi maquina

Junio 4 de 1991

PROPOSICION

Los Delegatarios de la Asamblea Nacional Constituyente encargados por la Corporación para acompañar el pasado 30 de mayo a los Comisionados de la Coordinadora Guerrillera a las conversaciones de paz que se realizan en la ciudad de Caracas, recibieron la petición de presentar en sesión plenaria la solicitud de escuchar al señor Manuel Marulanda Vélez en representación de dicha organización para referirse a los temas de la reconciliación nacional y de la nueva institucionalidad que surge de las labores que adelanta la Asamblea.

La Asamblea Constituyente acoge la solicitud antes mencionada, y encarga a la Presidencia de la Corporación a fin de que, previa evaluación que haga el gobierno del avance de las conversaciones de paz y de común acuerdo con éste, posibilite la intervención del señor Marulanda Vélez en la sesión plenaria que se señale.

Iván Marulanda
 IVAN MARULANDA GOMEZ
 Constituyente
Lorenzo Muelas
 LORENZO MUELAS
Horacio Serpa
 HORACIO SERPA
Antonio Navarro Wolff
 ANTONIO NAVARRO WOLFF
Miguel Pastora Borrero
 MIGUEL PASTORA BORRERO
Jaime Ortiz Hurtado
 JAIME ORTIZ HURTADO
Alfredo Vásquez Carrizosa
 ALFREDO VÁSQUEZ CARRIZOSA

NOTA : Firman la proposición los siguientes Delegatarios:

IVAN MARULANDA y LORENZO MUELAS (Comisionados por la Asamblea para acompañar a los miembros de la Coordinadora en su viaje a Caracas)
 HORACIO SERPA URIBE
 ANTONIO NAVARRO WOLFF
 MIGUEL PASTORA BORRERO
 JAIME ORTIZ HURTADO
 ALFREDO VÁSQUEZ CARRIZOSA

de escribir de pilas y papel químico, y redacté la proposición. Al terminarla miré al ministro De La Calle que estaba en su sitio habitual de trabajo en la Asamblea: estaba pendiente, el Presidente con seguridad lo tenía advertido. Le hice una seña y a paso rápido se acercó, tomó el papel en sus manos y de su puño y letra le agregó esta frase: "previa evaluación que haga el gobierno del avance de las conversaciones de paz y de común acuerdo con este".

Envié el texto a mi oficina para que lo transcribieran en limpio y tan pronto me lo regresaron recorrí la sala para llevarlo a los líderes progresistas de la Constituyente que, sabía, lo secundarían. El

primero que abordé fue a Misael Pastora Borrero, conservador, quien firmó de inmediato y con entusiasmo; luego Lorenzo Muelas, mi compañero indígena de aventura; luego Horacio Serpa Uribe, liberal y copresidente de la Asamblea; luego Alfredo Vásquez Carrizosa, de la Unión Patriótica; luego Jaime Ortiz Hurtado, del Movimiento Cristiano, y por último Antonio Navarro Wolff, quien firmó después de hacer consultas que consideró convenientes entre los constituyentes de su partido. El facsímil de la proposición original, que fue sometida a votación y aprobada por la inmensa mayoría de constituyentes días después, está publicado junto a esta crónica.

Me queda por decir que el Presidente Gaviria nunca estuvo de acuerdo con que "Tirofijo" hablara en la Constituyente. Sin su autorización como responsable constitucional del orden público y comandante supremo de las Fuerzas Armadas, el encuentro cara a cara y en son de paz de los constituyentes y los colombianos con Manuel Marulanda Vélez era irrealizable, y no pudo ser. ●

Cigarrería
Girardot

Lunes a sábado
 Venta de licores y confitería
Cerveza

Servicio a domicilio

Cra 43 Nro 52-65
 Tels. 239 5180 - 239 6044





A Paniagua: el apellido musical

Pedro Correa Ochoa. Fotografías Sergio González

Tres disparos acallan la voz de Ignacio Paniagua. —¿Eso es pólvora? Se levanta de la silla con agilidad, pese a sus 74 años, y guiña un ojo contra la rendija de la puerta.

— No. Eso es bala —responde mientras retoma su lugar en la sala, a un costado de la radiola que compró en 1977 y en la que suena un porro con nitidez—. Es que esto ya no es como antes.

Tiene buen oído. A la edad de 25 años —ya un poco mayorcito, dice—, se dedicó a tocar trompeta, integró orquestas, amenizó fiestas y fue director de banda. Por ello sabe bien que los estallidos que acaba de escuchar no pertenecen a alguna celebración pirotécnica promovida en la parroquia San Vicente Ferrer, a unas cuerdas de su casa. Son otro más de los enfrentamientos que las bandas armadas de Medellín pactan constantemente en La Loma, una de las 17 veredas del corregimiento de San Cristóbal.

Desde allí Medellín se ve como una postal, los sonidos tienen un eco particular y buena parte de sus habitantes un oído agudo. Esa cualidad fue heredada de generación en generación a los integrantes de la familia Paniagua, la estirpe de Ignacio.

— Aquí, antes, los únicos sonidos de esos que escuchábamos eran los de los voladores en las fiestas parroquiales —recuerda.

Cuando apenas era un adolescente veía la romería que los rezanderos de la Loma hacían cada enero. Tras el sol inclemente de fin de año, que se caba las tierras de los agricultores, el cura de entonces llamaba a los fieles a una peregrinación que atravesaba media ciudad y que invocaba las lluvias de febrero.

Desde las siete de la mañana, la pólvora anunciaba la rogativa. Adelante se abría paso, entre la creciente Medellín, el pesado cuadro de San Cristóbal, magullando los hombros de los cargueros. Atrás, la Banda Paniagua o la Colón América —ambas in-

tegradas por primos, tíos y hermanos—, amenizaban con pasodobles, pasillos o marchas al largo recorrido del santo hasta el barrio Belén, a varios kilómetros de distancia.

Por aquel entonces, Medellín era apenas un proyecto de ciudad, apacible aún. Así que quienes se quedaban en sus casas le seguían la pista a la procesión gracias al sonido de las trompetas, los clarines, el bombo y la pólvora. A eso de la una de la tarde los rezanderos llegaban a su destino final; allí dejaban el santo hasta días antes del Miércoles de Ceniza. Entre la romería de fieles se les veía llegar a la veintena de músicos, exhaustos tras horas y horas de interpretar sus instrumentos.

Más de seis décadas después, un automóvil rojo parquea a un costado del Hogar de los Desvalidos, allí mismo en Belén, en el suroccidente de Medellín. La treintena de ancianos observa con misterio a los cuatro hombres vestidos de negro que descienden del vehículo. Luego, cuatro más se les unen y en plena acera descargan el bombo, sacan de la funda los platillos, centellea con el sol de la tarde el bombardino y suenan las primeras notas de la trompeta y el clarinete.

Casi todos los de negro son descendientes de los músicos que acompañaban



La Banda en 1926
Cortesía Gustavo Paniagua

con pan y agua y de ahí salió su apellido. Según cuenta el locutor, hoy jubilado y manager de La Paniagua, a los esclavos les dio por formar una chirimía: en el monte cortaron cañas de guadua con las que fabricaron flautas; y con la piel templada de animales muertos construyeron tambores y revivieron sus ritmos africanos. Así nació una tradición que se mantiene viva en La Loma.

Desde allí han viajado los músicos para presentarse en el Hogar del Desvalido, contratados por una vecina del lugar para recrear a los ancianos. La última de sus presentaciones fue hace dos meses en la Parroquia de Nuestra Señora de Las Lajas, en el barrio Castilla.

—Una presentación de nosotros es como la muerte: llega cuando menos pensamos. La gente ya no contrata bandas —dice Gustavo Paniagua mientras toma aire después de la primera tanda de porros. Es hermano de Raúl, intérprete del saxofón y director de la agrupación.

En una de las paredes de su casa cuelga una imagen de aquella época en que La Paniagua era la única banda musical de Medellín. En la fotografía, tomada en el barrio La América, el padre Nicolás Ochoa está custodiado por dieciséis hombres, perplejos mirando el lente. Todos ellos descendientes de José María Paniagua —pariente de Narciso, el esclavo fundador—, quien junto a Dolores Pizarro, dieron origen a más de una cincuenta de músicos.

Pedro Pablo, el que sostiene el requinto en la fotografía como si estuviese petrificado, fue el director hasta 1948 de esa generación de hermanos, primos y tíos que se llamó Banda Paniagua La Grande. De ella, así como de sus antepasados, poco se conoce. Tal vez sea la fotografía la única pista que da fe de que en 1926, cuando fue tomada, la banda celebró su primer centenario. Por eso ahora Gustavo, Raúl y los demás llevan en sus camisas estampado el memorable año: “1826”.

Sin embargo, su estatus de exclusividad en la ciudad terminó con la muerte, en 1930, de Faustino Paniagua, hermano de Pedro Pablo. Tres años después de que el músico sucumbiera, su hijo Faustino, quien también pertenecía a La Grande, decidió aventurarse y montar su propia banda. Sin compromisos ya con su padre, y aún con el riesgo de que sus familiares se resintieran no sólo por su deserción sino también por convertirse en su competencia directa, Tino —como era conocido—, montó la Banda Colón América.

Carmen Paniagua aún no cumplía un año de vida cuando Daniel, su padre, fue fotografiado; era apenas un muchacho. Él y dos de sus hijos también desertaron de la legendaria banda y se unieron al emprendimiento de Tino. A la casa de Carmen —de 86 años de edad—, se llega por un sendero estrecho y con una señal sencilla: “¿dónde es la casa de Las Paniagua?” Fue construida hace más de cien años en el corazón de San Gabriel, el sector encumbrado de La Loma.

Tras el pelo encanecido, recogido a la altura del cuello, y el traje negro que honra la memoria de su marido, se esconde la adolescente que escoltaba a los músicos durante las procesiones, tarareando la Marcha Zacatecas. Confiesa que le hubiera gustado pertenecer a la banda o al menos tocar un instrumento. Pero esa fue siempre una posibilidad remota para las mujeres de los Paniagua.

Parada en el corredor de su casa, traza una línea imaginaria sobre la carrete-



ra que conecta al Corregimiento de San Cristóbal con la ciudad. Por allí, cuando aún era un camino de herradura, bajaban más de una docena de tíos, hermanos y primos con sus instrumentos al hombro. Luego tomaban el tranvía que los llevaba al centro de la ciudad.

Fortunato —tío de Carmen y padre de Ignacio—, algunas veces hacía el recorrido tocando el redoblante y los noveleros salían de sus casas a mirar al músico, quien también dejó a la tradicional Banda Paniagua para embarcarse en La Colón América, llevando consigo a tres de sus hijos.

— Mi papá era Fortunato y mi hermano José Fortunato —explica Ignacio mientras se repone de los disparos que acaban de sonar a unas cuerdas de su casa—. Un día José puso la trompeta sobre la cama para fumar un cigarrillo y yo intenté sacarle un sonido, pero no fui capaz.

—Oís Ignacio, ¿y vos por qué no aprendéis a tocar? —dijo José.

A pesar de sus 25 años, Ignacio, benedecido con el apellido musical, estuvo preparado para el público dos años después.

Esposa de Fortunato y madre de cinco hijos, cuatro de ellos músicos, Mercedes conocía como nadie las buenas y malas notas de la música. Por ello cuando Ignacio le pidió su bendición para irse a la primera presentación, la mujer puso el grito en el cielo: “te vas a perder en el licor”, dijo. Para entonces, la Colón América ya cumplía casi tres décadas y sus miembros habían terminado por buscar el sustento para sus familias a través de la música.

Así que además de tocar marchas en fiestas patronales en los pueblos de Antioquia, el padre y los hermanos de Ignacio salían cada noche a “buscar vida”. Lovaina era entonces “el barrio de mujeres públicas de lujo de ese delicioso Medellín de los decenios 30 a 50”, como lo describió el escritor Jorge Franco Vélez en su novela *Hildebrand*, conocida también como La Biblia de los alcohólicos. En ese sector de la ciudad, donde se concentraban las casas de prostitución —varias de ellas de alta alcurnia e intelectualidad—, también se reunían los serenateros.

Alfonso Paniagua —trompetista, mariachi y ex integrante de la Banda Paniagua—, recuerda que en las madrugadas de los lunes, cuando los músicos volvían de una noche de trabajo y pasados de copas, se encontraban en el camino de La Loma con los albañiles y obreros que madrugaban a sus trabajos. El encuentro resultaba catastrófico, pues ni los músicos retornaban a sus casas, ni los empleados a sus trabajos: ambos se quedaban tomando licor.

Así que la preocupación de Mercedes de que su hijo cayera en el licor empujado por la música, no eran para menos. Sin embargo, esa noche Ignacio cumplió la cita con los Bachilleres del Jazz, una nueva orquesta que se conocería luego como el Combo Di Lido.

Tres años después el músico se unió también a la Colón América, la banda de la familia. Por aquella época, recuerda Ignacio, “Medellín era la meca de la música”. En los albores de la década de los sesenta, la ciudad se había constituido en el centro de la industria musical del país gracias a Discos Fuentes, la reconocida disquera que abrió en 1954 el cartagenero Antonio Fuentes.

La presencia de Fuentes en Medellín provocó que agrupaciones costeñas como la Sonora Dinamita y los Corrales de Majagual, trajeran sus ritmos a la ciudad, compitiendo con las rancheras y el tango, géneros que se habían ganado un lugar en los tocados paisas. Además, los cuatro años que el compositor e intérprete musical Lucho Bermúdez vivió en la ciudad, inspiraron una oleada de nuevas orquestas como los Teen Agers, Los Golden Boys, Los Black Stars, Los Hispanos y el Combo Di Lido. La Colón América y La Paniagua no se quedaron atrás e incorporaron en su repertorio el ritmo costeño.

Por esa época aprendió sus primeras notas el trompetista más prolífico de la Paniagua: Ramón Darío Paniagua Álvarez. Es el hijo pródigo de la división de los Paniagua: su madre era descendiente de Brígido Paniagua, del linaje que mantuvo viva la legendaria banda; su padre era Ramón, uno de los desertores que conformó la Banda Colón América.

Cualquiera podría decir que esa combinación hizo de Ramón Darío un predestinado. La hipótesis podría reafirmarse si se tiene en cuenta su trayectoria como músico, que abarca 46 de sus 54 años. Es conocido como uno de los mejores trompetistas de Medellín, hace parte de la Orquesta Filarmónica de la ciudad y fue fundador del Quinteto de Bronces.

Cuando apenas tenía ocho años su papá lo puso a reparar el pentagrama hasta que su dentadura estuviera en el lugar que ocuparía el resto de su vida. Luego lo envió a vivir a La Loma para que Ignacio, su tío, le enseñara a tocar trompeta. A los 14 años, su padre lo llevó a la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia en la que, poco tiempo después, Ramón Darío ocupó el lugar que dejó el trompetista que se fue de gira a México con los Corrales de Majagual.

Ramón, que ha recorrido el mundo sacándole sonidos a su trompeta, descubrió que el apellido Paniagua no es exclusivo de La Loma. Su origen es castellano y según registros heráldicos es originario de León, uno de los reinos medievales de la Península Ibérica. Allí donde los caballeros hidalgos, favoritos del rey, eran llamados “paniaguados”. De ellos surgió el apellido que luego llegó al Nuevo Mundo.

Según el trompetista, los amos de sus antepasados esclavos no sólo les dejaron sus tierras, sino que también les dieron su apellido, del que dice, tiene un poder musical. No en vano, su prontuario como intérprete incluye a los grupos Galé, El Tropicombo, Fruko y sus Tesos, el Com-

bo de las Estrellas, Frenesí y, por supuesto, las que fueron su escuela: la Colón América y la Banda Paniagua.

A diferencia de los músicos de la Colón América, que se dedicaron a buscar el sustento con serenatas y animando fiestas, para los integrantes de La Paniagua la música siempre fue una “entrada extra” y un gusto personal.

—Nosotros siempre nos dedicamos al trabajo independiente, como los papás de nosotros que cultivaban la tierra. En cambio ahora ni podemos ensayar, porque ya todos trabajan en empresas y no les dan permiso —dice Gustavo, minutos antes de clavar la mirada en la partitura de la *Feria de Manizales*, el pasodoble que pone a dos ancianos a dar vueltas en patio.

Su hermano Norberto también perteneció a la banda desde los años cincuenta, cuando el bombero de entonces se reveló y no quiso reparar el tambor. Hace cinco años, tras sufrir una infección le amputaron la pierna derecha, por lo que no puede participar en las presentaciones. Hasta principios de los noventa la banda recorrió buena parte de las fiestas patronales del departamento y acompañó las procesiones de Semana Santa en El Santuario, Marinilla, Rionegro, la Ceja, El Peñol y Santa Fe de Antioquia. “Aguardiente es el que nos aventaban los alférez”, recuerda Norberto. Hasta entonces los músicos lograron mantener un grupo de al menos 15 integrantes.

Ahora es muy duro que salgan presentaciones. Y si salen, lo que pagan no alcanza para repartirlo en más de diez músicos —advierte Norberto.

Tiene razón, el decaimiento de hoy de la Paniagua y la Colón, no solo tiene que ver con la evolución del contexto musical, con que a los curas ya no les alcancen los diezmos para contratar este tipo de agrupaciones o que, sencillamente, hayan pasado de moda en medio del reggaetón, los conjuntos vallenatos, las chirimías y los mariachis. En esa cruenta competencia están también las bandas municipales, que desde 1978 fueron promovidas como mandando departamentalmente en más de 100 municipios antioqueños. “Si tienen su banda, ¿para qué nos van a llamar a nosotros?”, dice el músico van.

Ahora, además de Raúl y Gustavo —hijos del platillero Marceliano Paniagua— solo cuatro miembros de la familia tocan sus instrumentos en el patio del Hogar del Desvalido. Ramón Ángel Paniagua,plomero de oficio e intérprete del redoblante, llegó a la banda en 1975 para ocupar el lugar de su padre Julio Paniagua, quien perteneció a ella durante 58 años.

Ramiro Paniagua aprovecha el descanso para ofrecer sus servicios en pintura, estuco y yeso de inmuebles. Su padre perteneció a la banda durante 42 años en los que interpretó el clarinete. “Yo en tres meses, cuando arregle el clarinete que me dejó mi papá, les entrego el bombo. ¡Eh!, ese instrumento es un monstruo: en Semana Santa, cuando se moja, pesa como cien kilos. Y cargar eso en las procesiones es muy duro”, señala.

El encargado del saxofón es Iván Paniagua, quien carga en su billetera un recorte de prensa que exalta sus años de servicio en los Bomberos de Medellín. Durante treinta y un años se enfrentó a los incendios y desastres de la ciudad: “me tocó la época dura, cuando las bombas de Pablo Escobar”, dice. Tras su jubilación, una sicóloga le recomendó que buscara un hobby que lo mantuviera distraído. “Yo le dije que entonces me iba a meter a la banda de la familia”, cuenta, mientras acaricia el instrumento de viento con el que su papá, Jesús Paniagua, mantuvo a catorce hijos.



— ¡Gracias! No por abrirnos las puertas de su casa, sino por abrirnos las puertas de su corazón. La Banda Paniagua está para servirles—, dice con vehemencia Raúl, para darle paso a la pieza de despedida: *Salsipuedes*, el tradicional porro de Lucho Bermúdez.

El encargado de seleccionar la última tanda es Carlos Mario Cano Álvarez. Con veintitrés años de edad, es el “muchacho” de la banda y hace parte de la descendencia Paniagua: es nieto de Luis Ángel Álvarez Paniagua, quien fue director de la banda por 40 años. En medio del bullicio de sus tíos, sus palabras son pocas. Mientras esculca en la carpeta de partituras cuenta que pertenece a la Escuela de Vientos de La Loma, una de las 27 que tiene la Red de Escuelas de Música de Medellín, el programa de la Alcaldía.

Allí, en la Escuela de Música, 124 jóvenes y niños de La Loma le sacan sonidos a los instrumentos de viento como lo hicieron sus antepasados desde hace 185 años. A su cargo está Daniel Muñoz Paniagua, de veintidós años y prodigioso con la trompeta. Él, debe asegurarse que los sonidos de los clarinetes, saxofones y tubas, suenen más fuertes que esos estallidos que acallaron las palabras de Ignacio Paniagua al inicio de este relato. Él, además, tiene un segundo apellido que le endosa una responsabilidad familiar: mantener el pulso musical de los pequeños Paniagua.

Es la misma responsabilidad que parece tener Carlos Mario. Mientras los otros músicos se apeñuscan en el automóvil rojo y les volean la mano a los ancianos, Gustavo señala al muchacho: — Este es el encargado de seguir con la tradición de la banda —dice.

La afirmación la hace mientras le apunta con su clarinete, como si se tratara del rito de la Edad Media en el que los reyes le conferían la dignidad de caballeros a sus subalternos poniendo su espada sobre su hombro. El de Gustavo, es un acto digno de los “paniaguados”.

** Este texto fue realizado mediante una Beca de creación en periodismo cultural del Programa Nacional de Estímulos del Ministerio de Cultura de Colombia, apoyada por su Dirección de Comunicaciones, la AECID y la OEI.

Pasaron cinco años de estaciones solitarias y carriles vacíos. Metroplús solo resolverá sus interrogantes cuando los buses Made in Perú estén adornados con las virgenes de rigor.

Esperando el bus

Sergio Valencia.



Fue en el 2002 que arrancó el proyecto Metroplús. En ese año también arrancó Álvaro Uribe su primer mandato y decidió impulsar la implementación de sistemas integrados de transporte masivo en las grandes ciudades del país. Eran buenos tiempos. La mayoría de los colombianos confiaba en que Don Señor sería su prometido salvador y las goticas de valeriana que él tomaba para apaciguar sus iras todavía le hacían efecto.

Medellín se pegó de inmediato de la política gubernamental y firmó un convenio con la EDU para la elaboración de los estudios y los diseños técnicos, económicos, urbanísticos y arquitectónicos de los corredores viales del nuevo Sistema Integrado de Transporte, contando con la asesoría de la empresa Transmilenio y del Ministerio de Transporte. Así empezó Metroplús en el Valle de Aburrá.

Para mostrar seriedad, varios documentos del Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes) respaldaron la decisión, asegurando lo más complicado: la plata. Hay quienes dicen que en eso de la financiación volvimos a comerle cuento al Gobierno central, pero son los mismos que creen que los paisas podemos hacerlo todo solos.

Empieza Cristo a padecer

La participación de Transmilenio y del Ministerio garantizaba, supuestamente, una propuesta bien elaborada y cifras confiables. Finalmente se establece para Metroplús un valor total de 205.349 millones de pesos, de los que la nación pone 68%, Medellín 22, Itagüí 6 y Envigado 4.

Pero estos costos se definieron sin diseños definitivos de las obras. Los socios prefirieron el esquema que garantiza desde temprano la financiación de la nación para más adelante, cuando ya se tuvieran los diseños definitivos, buscar recursos adicionales para terminar la obra. Como quien dice, mano a la presa. A ese modelo acudieron todos las ciudades del país para construir sus sistemas masivos de transporte, pero en el caso de Metroplús hubo mayor demora. El Conpes inicial se concretó en el 2004, lo que quiere decir que sólo hasta 2005 empezaron las obras pues antes no se recibieron recursos del gobierno nacional, y hubo que esperar cinco años, hasta 2009, para que volviera a verse la plata, pese a que desde principios de 2007 Metroplús informó que se necesitaban recursos mucho mayores a los considerados inicialmente.

Todavía ronda por ahí la idea de que el presidente Uribe fue más diligente con los buses de Pereira, Cali y Barranquilla, que están rodando hace rato, y que castigó a los dos alcaldes de Medellín que le tocaron en turno. Dicen que no soportaba que no le caminaran al paso y que le quitaran brillo. Vaya usted a saber si es verdad.

El Conpes 3573 de marzo de 2009 establece por fin el costo total: 636 mil millones de pesos. Casi cuatro mil millones más, el triple de lo calculado. Se justifican costos adicionales en la construcción de la pretronal, en la adquisición de predios en Envigado e Itagüí, en el número de estaciones, en las interventorías, en costos financieros y en diseños. El corredor de la calle 30 con el de la carrera 45 en la troncal de Medellín y las obras de la quebrada El Ahorcado significaron otro incremento.

A gas y con el Metro

A mediados de 2008, después de un movido debate, se toma la decisión de que Metroplús funcione en su mayor parte con gas natural y no con electricidad. Y debe haber sido una decisión acertada porque hasta el momento nadie ha vuelto a alegar. Quedó claro que la troncal principal (cerca del 30% del sistema) queda bien funcionando con electricidad, pero que tender una red similar para los buses alimentadores no se justificaba, costaría demasiado.

Una discusión más encarnizada fue, y sigue siendo, la que se refiere a quién opera Metroplús. La intención primera era que los transportadores locales se encargaran y así lo hizo saber, en mayo del 2006, el presidente Álvaro Uribe, cuando manifestó que la adjudicación de la operación del Metroplús se haría en forma directa y no por licitación. Meses después tuvo que retractarse al

no encontrar una solución jurídica para cumplir la promesa. Uribe metió la pata, ariscó a los transportadores y complicó los acuerdos. En 2007, el Ministerio de Transporte reitera que la contratación para la operación de Metroplús será mediante licitación pública.

A principios de 2008, el Metro de Medellín alentó al municipio de Medellín a seguir un camino, mediante el Metro mismo, para que los transportadores locales realizaran la operación de Metroplús sin necesidad de hacer licitación. Parecía la solución perfecta. Pero pronto se vio que era mucho más compleja y difícil de implementar, y, además de los típicos roces con los transportadores locales, enfrentó a Metroplús, el Metro, el Área Metropolitana y el municipio de Medellín, sin contar con los atrasos que agregó.

El Metro entonces asume la operación de Metroplús. Los transportadores no quedan contentos, pero se puede probar que no quisieron cumplir con las condiciones exigidas, aun cuando les dieron tiempo suficiente. Parece ser que los transportadores colombianos son un gremio poderoso que quiere ganar mucho y poner poco. Así ha sido siempre.

A muchos también nos da miedo con el Metro. Sospechamos que va a implantar su asfixiante cultura en los nuevos buses.

De todos modos, y después de tantos tumbos, Metroplús empieza a rodar este 22 de diciembre. Amanecerá y veremos si soluciona en algo los graves problemas de movilidad. Es raro, pero por lo menos está vez nadie, ni siquiera los taxistas, se ha atrevido a decir que en este gran proyecto hubo corrupción. Muy raro. ☹

En Empresas Varias de Medellín trabajamos por una ciudad **tan limpia que enamora** y lo hacemos incansablemente, para que el final del día traiga la promesa de un mañana renovado.

AHORA SOMOS

emvarias[®]
EMPRESAS VARIAS DE MEDELLÍN

CAMBIAMOS NUESTRA IMAGEN

RENOVAMOS NUESTRO COMPROMISO

► Jorge Enrique Muñoz Carmona, una de las 2.000 personas que hacen de Medellín una ciudad tan limpia que enamora.

MEDELLÍN OBRA con amor
Alcaldía de Medellín

"La historia de lo eliminado y de lo eliminable es una crónica de la cultura y de la civilización"
Oscar Caballero

La memoria reciclada de Pep Dardanyà

Maria Isabel Naranjo.

Presentamos cuatro de los doce meses del calendario, que puede verse completo en la página web: www.pepdardanya.com

Febrero

Llegada del Padre Mejía y creación del primer comité femenino.

Llegada al sector del padre Vicente Mejía y de un grupo de estudiantes de la Universidad de Antioquia, quienes hablan sobre la organización popular y la importancia de la reserva de espacios comunitarios. El padre Mejía desapareció del barrio en extrañas condiciones. En 1966 se crea el primer Comité Femenino como estrategia para enfrentar los intentos de desalojo. El Comité planeará la invasión organizada de un nuevo asentamiento al que bautizará como Fidel Castro. Las mujeres tendrán un papel fundamental para la conformación del barrio.



Abril

La "malicia indígena" y los primeros contactos con la administración Sector Bosque.

Eran muchas las estrategias para enfrentar y neutralizar a la fuerza pública conocidas como la "malicia indígena", la más popular fue bautizada como los "embarazos de piedra". Las mujeres salían a las calles con las piedras escondidas en la barriga. Al mismo tiempo, cabe destacar el importante papel de Don Antonio Cardona y de las parteras Angélica Espinosa y Aceneth Restrepo. La aplicación de estas estrategias coincidió con los primeros contactos formales con la Administración Municipal y la visita del Alcalde del momento.



Julio

Trabajo comunitario a cambio de escrituras.

Para 1986 los habitantes de Moravia habían acumulado más de 25 mil días de trabajo comunitario y el Municipio había entregado más de 90 escrituras. El programa del trabajo comunitario comenzó con el ordenamiento urbanístico. En los predios y en la adecuación de vías se organizaron en cuadrillas dirigidas por un líder, que era el encargado de controlar el tiempo de trabajo en unos libros y expedía el bono de ayuda mutua correspondiente para poder cancelar el valor de la respectiva propiedad y obtener la respectiva escritura pública en convenio con la Alcaldía. Luis Alfonso Agudelo fue uno de estos activos líderes. (E.P.D).



Octubre

La desmovilización y la superación del conflicto.

En 1998 se desmoviliza a 170 integrantes de un grupo armado, 20 de ellos de Moravia. Y en noviembre de 2003 se desmovilizan a otros 220 integrantes de Moravia pertenecientes al Bloque Cacique Nutibara, aunque estas desmovilizaciones no suponen la superación definitiva del conflicto. Como una iniciativa propia, y como una representación de esta superación, en 2004 un grupo de jóvenes del sector Oasis y otro del sector Chocó Chiquito deciden poner tregua a un conflicto violento entre los dos grupos. Para conmemorar la tregua organizan un partido de fútbol, pero con una condición, todos los jugadores deberán vestirse de mujeres. Desde entonces, el partido se retoma cada mes de Octubre.



El artista visual y antropólogo español Pep Dardanyà deja doce fotografías y un calendario de Moravia, luego de su participación en el MDE11. Su proyecto "La memoria reciclada" es el resultado de un ejercicio antropológico que permitió que los vecinos y habitantes de Moravia recordaran los episodios más importantes de la historia de su barrio, desde su fundación en los años 50 hasta la actualidad. Que Moravia haya sido estigmatizada por su relación con la basura y los conflictos que de ella se derivan fue lo que llevó a Dardanyà a investigar con sus pobladores y a querer encontrar otras representaciones visuales del barrio y así generar reflexiones críticas desde una mirada distante. El resultado son imágenes que representan doce episodios importantes para la historia y la identidad de sus habitantes. En palabras de Pep: "se trata de una acción de reciclaje visual y emocional de la historia y de la memoria del barrio, donde se recogen, además de los episodios oficiales, los momentos de esta historia que podríamos denominar subalternos".

Entre nubarrones de pólvora, nuestro historiador Rafael Ortiz nos deja ver la segunda entrega de las fiestas religiosas en el Parque de Berrío

VACALOCAS Y HUEVOS DE AGUA

Byron White.

En las fiestas que se celebraban en la ciudad el día de su patrona, la Virgen de la Candelaria, y el día del Corazón de Jesús y el de la Virgen del Carmen, y el 7 de diciembre, cada jornada tenía un programa novedoso que iba intensificándose a medida que se aproximaba la fiesta principal.

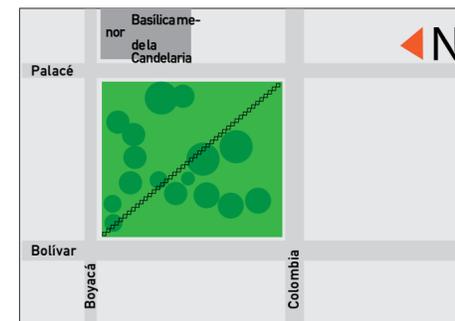
Venían de otras regiones muchos jinetes que dejaban sus caballos en los numerosos mangones que rodeaban el sector. Los libertos o vertidos se hacían cargo de los animales por un costo mínimo, no solamente para alimentarlos sino para sanarlos. Se admiraban los dueños de que, aún entre cientos de caballos, los cuidadores podían distinguir con exactitud el de cada quien.

Ya cerca el día de la fiesta, y con mucha discreción, la pólvora pasaba, por ejemplo, de la lucha de las soplonas a la pelea de la Madremonte o de La Llorona. Estos mitos, y otros muchos, eran aprovechados con ánimo moralizador y un poco de terrorismo, pero de todos modos a la gente le agradaban esas dos horas nocturnas en que los niños eran felices amarrando los flecos de pañolones y mantillas con las puntas de las ruanas y dejando a los novios atados, y todos en

general se emocionaban con el estallido de los petardos, las chispas de luces y el humo acre que magnifica los peores sentimientos humanos y los vuelve placenteros.

Aunque el día de la patrona había festejos de toda clase, la verdadera fiesta era el último día de la novena. El rezo ni se oía por la gritería que se formaban dentro de la multitud por los desplazamientos de las vacas locas cargadas de truenos y tacos. Todo con el acento de madera de la chirimía de Girardota, expertos en el manejo de la matraca, los corroscos y otros instrumentos de sonar ríspido.

Casi podríamos asegurar que dentro de la iglesia ocurría una ceremonia y fuera de ella un pandemonium. Recuerden que dentro de la iglesia alumbraban unas precarias lámparas de aceite y afuera, bajo las luces evanescentes de la pólvora, la oscuridad alcahueteaba a las parejas, que con habilidad de enamorados mimetizaban sus arrumacos. Grandes motivos de regocijo popular eran las oportunas chanzas de doble y triple sentido, y abundaban los desórdenes creados por el más mínimo motivo.

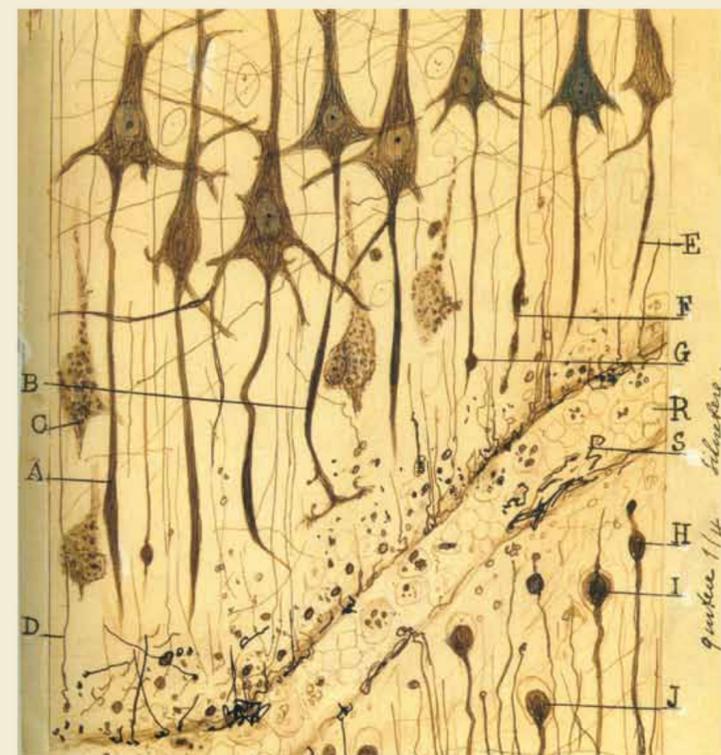


LA FIESTA DEL ALFÉREZ

Una de las cosas más importantes para el alférez era la variedad de comidas que le ofrecían desde las vísperas. El día de la celebración, estas comidas o sus restos, que generalmente ocupaban varias mesas, se retiraban a eso de las tres de la tarde y en su reemplazo aparecían los huevos de agua (se les sacaban la yema y la clara y el cascarón se llenaba con agua). Así terminaban las fiestas, con la gente escondiéndose para evitar la destrucción de sus vestidos.

Una vez concluidas las fiestas seguían algunos matrimonios de las hijas de los alférezes, hecho que ennoblecía a determinadas personas que no podían ocultar de ninguna manera su origen mulato. Según el número de matrimonios y la calidad de los maridos, para el alférez era o no un éxito la fiesta.



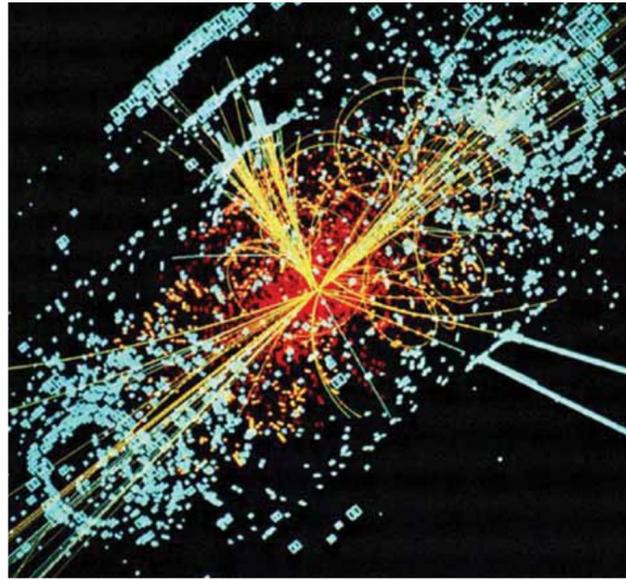


Degeneración traumática de la corteza cerebral.
 Dibujo del médico Santiago Ramón y Cajal. 1911.

"El jardín de la neurología brinda espectáculos cautivadores...
 ¿Hay en nuestros parques algún árbol más elegante y frondoso que el cospúsculo de Purkinje del cerebelo o la célula psíquica, es decir, la famisa pirámide cerebral?"
 ...Qué duda cabe, a la ciencia no van más que los artistas".
 Santiago Ramón y Cajal

Nueva sala interactiva
MENTE
 el mundo adentro



El Bosón de Higgs, una duda que perdura

Guillermo Cardona Marín

comunicar la fuerza de gravedad pero que nadie ha visto..

En general, podemos decir que hay dos tipos de partículas, fermiones y bosones. Los fermiones, son los que integran la materia propiamente dicha y los que forman las galaxias, las estrellas, los planetas y la vida misma. Los bosones, por su parte, son los responsables de comunicar las fuerzas que rigen el universo. Entre ellos, además del fotón, el mensajero de la interacción electromagnética (donde encontramos el espectro de la luz visible), tenemos los bosones W y Z, que transportan la interacción nuclear débil (la que mantiene unidos a los electrones con el centro del núcleo), y el gluón, responsable de la interacción nuclear fuerte (que es la que mantiene unidos los protones y los neutrones en el centro del átomo).

Para las mentes que son capaces de descifrar matemáticamente el entramado, llama la atención, sobre todo, que los bosones W y Z, responsables de comunicar la interacción nuclear débil, sean tan masivos y por lo tanto incapaces de existir y viajar por mucho tiempo, mientras que el fotón, el mensajero de la interacción electromagnética, carezca por completo de masa y sin embargo, sea capaz de viajar durante miles de millones de años luz.

El asunto es difícil de comprender por su naturaleza matemática, intraducible al lenguaje verbal, que es demasiado ambiguo y antiguo, ajeno por completo al lenguaje de la ciencia y con mayor razón al de la física de partículas, que describe lo que podría parecer otro universo a nivel subatómico, regido por el azar y la incertidumbre, pero que a su vez es responsable de la existencia del Cosmos, tal como lo conocemos o lo percibimos, favorable a la vida y a la inteligencia que lo descifra.

Elemental, como el átomo

para nos, los legos en la materia, el átomo está integrado por electrones de carga negativa girando en su periferia, y un número igual de protones de carga positiva aglutinados en el núcleo gracias a igual número de neutrones que impiden su dispersión, por aquello de que una partícula con la misma carga debería repelerse. Este concepto nos viene de la antigua Grecia, y nos indica que el átomo es la partícula más pequeña a la que es posible reducir la materia, dividiéndola.

Sin embargo, hoy las cosas son ligeramente más complicadas. En 1900, Max Planck formuló la hipótesis de que la radiación electromagnética es emitida y absorbida por la materia en forma de cuantos; Einstein, en su teoría especial de la relatividad, planteó que la luz en ciertas circunstancias se comporta también como partícula; y hacia 1925, Louis de Broglie propuso que cada partícula material tiene una longitud de onda asociada, inversamente proporcional a su masa y dada por su velocidad, a la que llamó momentum y que otros físicos llaman ímpetu.

Y puesto que las partículas también son ondas, el otrora indivisible átomo se ha venido fragmentando en el último siglo hasta llegar a la cifra de más de 28 partículas diferentes que o bien lo integran o lo relacionan con las interacciones que conforman el Universo, a saber: la electromagnética y las nucleares débil y fuerte. Sin contar el gravitón, otra partícula que en teoría debería existir para

En cuatro dimensiones, y con las complicaciones de la relatividad, este es el mecanismo de Higgs.

Vale decir, para otorgar masa a las partículas, se deduce un campo de fondo que se distorsiona localmente por donde pasa una partícula. Esa distorsión, el aglutinamiento del campo alrededor de la partícula, es lo que genera la masa de la partícula.

El postulado del campo de Higgs en el vacío es una especie de entramado hipotético que llena nuestro Universo. Se necesita en el modelo estándar de la materia, de lo contrario no es posible explicar porqué las partículas Z y W que desempeñan las interacciones débiles son tan pesadas, mientras que las que desarrollan las fuerzas electromagnéticas no tienen siquiera masa alguna.

El rumor como herramienta científica

ahora considere un rumor esparciéndose en nuestra sala llena de políticos. Aquellos cerca de la puerta lo escuchan primero y se amontonan para conocer los detalles, y después vuelven y se acercan a sus vecinos próximos que también quieren saber de qué se trata.

Una oleada de aglutinamientos atraviesa la habitación. Puede expandirse a todas las esquinas, o puede formar un grupo que lleve las noticias a lo largo de una línea de políticos desde la puerta hasta algún senador al otro lado de la sala y sin la ayuda del DAS.

Como la información del rumor es llevada por un cúmulo de personas, y como era también un acumulación de gente lo que le daba masa extra al ex presidente, entonces se deduce que el cúmulo que lleva el rumor también tiene una masa. Se cree que el bosón de Higgs es justamente ese aglutinamiento dentro del campo de Higgs.

Los colisionadores

Hay ciertas analogías con la física del estado sólido que francamente perturbaban. Por ejemplo, una estructura cristalina puede soportar olas de acumulaciones sin la necesidad de un electrón que se mueva y atraiga a los átomos. Estas ondas pueden comportarse como si fueran partículas. Se llaman fonones, y también son bosones.

Podría existir entonces un mecanismo de Higgs, y un campo de Higgs a través de nuestro Universo, sin que exista el bosón de Higgs. Esta nueva generación de colisionadores europeos, como el CERN, capaces de generar la energía necesaria para provocar su existencia artificial podría resolver el misterio, cosa que por el momento queda aplazada hasta el año entrante. ☪

Pero ¿qué es el Bosón de Higgs?

En 1993, el ministro británico de ciencias, William Waldegrave, notó que se estaba gastando mucho dinero en la búsqueda del bosón de Higgs, una partícula postulada en la teoría física, y acerca de la cual los ciudadanos nada sabían.

Fue entonces cuando Waldegrave lanzó su desafío: "Aún no he decidido si mi departamento financiará los experimentos propuestos para buscar el bosón de Higgs, pero prometo financiar una botella de champagne a quien logre explicarme qué es eso".

La botella de champaña se la ganó el físico David J. Miller, cuyo texto me permito parafrasear para culminar esta nota.

El mecanismo de Higgs

Imagínese una fiesta del partido de la U, con muchos políticos distribuidos uniformemente en la sala, cada uno hablando con sus vecinos más cercanos. Entonces llega el único ex presidente con que cuenta dicha colectividad y cruza la sala. Todos los políticos cerca de él se sienten atraídos y se aglutinan cerca. Mientras se mueve, atrae a los que se acerca, mientras que los que dejó atrás regresan a sus posiciones. El ex presidente adquiere entonces una masa más grande de la normal. ☪



En los estantes y vitrinas se observan candelas norteamericanas Zippo, navajas suizas Victorinox; pipas del mediterráneo árbol de brezo y relojes Philippe Amiel. También bien colgadas se encuentran corbatas Beatles, de Inglaterra, y brochas para la afeitada con pelo de tejón, traídas del viejo continente. De todo como en botica; pero según Hernando Castro, su administrador, y según otros lo que más se ve no es tan visible: "clase y buen gusto".

El local tiene un pomposo nombre: Sastrería Lord, pero es de escasos 60 metros cuadrados: un mezanine y una pequeña bodega, al fondo del año y céntrico pasaje comercial Astoria. "Es el último sitio digno que tiene el centro", me dijo un nostálgico abogado e historiador. Comentario más de un nostálgico que de un historiador. Pero cuando se llega al sitio se le da la razón pues allí siempre sonará música clásica y en los atiborrados pero bien puestos estantes se encuentran además lapiceros Sheaffer, la exclusiva, clásica y muy gringa loción Old Spice, cajas con mancuernas, carros y aviones a escala, bastones y corbatas de todas las clases y colores, y cuanto adorno para escritorio quepa en la mente o en la curiosidad del visitante. O en el escritorio de un fanático de los adornos.

Hernando, un hombre de voz muy gruesa y de cuidados modales atiende mi curiosidad de reportero con el orgullo de quienes se paran detrás del mostrador: "Yo vendo lo que la otra gente no". Dice Hernando como razón de su éxito y enseñanza me exhibe las cifras de sus sastrerías para clientes distintos y distinguidos: "En el Lord encuentras 100 diferentes clases de paños para vestidos. Y mínimo 100 diferentes telas para camisa de popelina italiana". El Lord se ha ganado un espacio en cuanto a confección y venta de paños ingleses traídos de Italia: "Son made in Italy porque allá es más barata la mano de obra", aclara.

Un lord de antes

El primer almacén Lord nació como muchos importantes de esta ciudad en el Parque Berrío, en 1933. Su padre fue Ignacio Jaramillo Vieira. El sitio de su fundación es cercano a donde ahora se enseña la Gorda de Botero, no tan bien vestida como los clientes del Lord.

Doce años más tarde, en 1945, Julio Alberto Botero compró la sastrería como una forma de invertir pues sus intereses eran litigios judiciales y hatos ganaderos. Entonces llamó a administrar a don Roberto Valencia Jaramillo, un joven con pinta de dandy que recién se instalaba en la ciudad.

El negocio prosperó como muchos señores y negocios del Parque Berrío de ese entonces, pero en 1965 don Julio se lo vendió a don Roberto su empleado. Ya para entonces los Lores eran dos: uno en Colombia y otro en la Calle Boyacá, 12 empleados se encargaban de los trajes y la atención a la clientela.

Con el ensanche de los almacenes Ley murió el primer Lord, el de Colombia. En noviembre de 1965 se fundó el pasaje Astoria y el febrero siguiente compró local don Roberto:

"No creían en estos pasajes y cuando don Roberto se vino para acá, le dijeron que iba para el Túnel de la Quebrada. Pero él sonrió y acá estuvo hasta el 23 de junio de 2011, su último día de trabajo."

En el 65 se hizo socio de César Pasmínio que era el mejor sastre de la época pero luego don Roberto también le compró su parte. Desde entonces don Roberto, él y su almacén, fueron el único Lord del centro.

"Muy Lord para estas tierras"

Una figura enhiesta caminaba hasta hace poco por la Avenida La Playa. Con su cabello gris de abuelo noble al rape, vestido azul oscuro de raya tiza y su infaltable pañuelo azul claro en el bolsillo del saco; zapatos negros brillantes y un paraguas que usaba como bastón para darle firmeza a sus pasos al cruzar la Oriental. Fue por mucho tiempo una de las estampas del centro, todo alto, todo serio, con su saludo amable y ceremonioso. Este lord antioqueño nació en Concepción en 1924. Y cómo no habría de ser un lord, este descendiente de Córdoba; hijo de Nancienceno Valencia quien formó familia en La Concha y Santo Domingo; y hermano de Jorge Valencia Jaramillo, ex alcalde de Medellín.

"Don Roberto era de mucha clase. Familia prestante. En su casa había dos Cruz de Boyacá", relata Hernando Castro sin perder nunca una pizca de orgullo. "Y tenía elegancia hasta para sentarse. Nada de carrizos. Siempre en los restaurantes exigía servilleta de tela sino la había, se iba".

Ese señorío de don Roberto siempre detrás de la vitrina fue admirable por quie-



M(u)Y LORD

Guillermo Zuluaga Ceballos

por casi 70 años lo observaron con sus trajes y su voz meliflua y amable como uno más de los objetos estilizados de su almacén. Quizá era el maniquí ideal para portar y poseer todos los objetos exhibidos.

De Sastres y "desastres"

Estar en el Lord es transportarse hacia otra ciudad y otros tiempos. Una época en que la ciudad giraba en torno a su centro con sus clubes sociales y sus templetos y sus despachos oficiales. Fue la época de esplendor del almacén.

"Lord vivió sus mejores años entre los cincuenta y los ochenta cuando en Junín no se veía nadie de sudadera y para entrar al Astor se usaba traje, incluso con sombrero, leontina, chaleco", dice Hernando evocando esos tiempos en que casi no se podía caminar con tanto empleado en el local. Ahora solo queda un sastre de planta, dos pantaloneros y dos terminadores de sacos: llamados maestros de pecho, que trabajan a destajo en sus viviendas.

"Maestros de pecho" que no cosen un pantalón en estos tiempos como una especie de resistencia contra los tiempos de las maquilas. En el Lord se han esmerado por una puntada, por un botón bien puesto. Como dirían ellos, se han sacado un ojo, para que el vestido del doctor no se vea "desgollado" (colgado).

"El último lord"

El 23 junio de 2011 luego de sus indicaciones a Hernando para el día siguiente y salir para su casa en las Torres de Bomboná, don Roberto dejó su Sastrería Lord para nunca volver. Un golpe en la cabeza tras una caída en su apartamento le causó un derrame cerebral que acabó vida de 87 junios. En algún medio se habló de la marcha del "último Lord", pero el Lord sigue tan campante. Al frente sigue Hernando, el mismo que llegara en 1982 como mensajero y quien se fuera ganando el cariño de don Roberto, tanto que al terminar sus estudios universitarios, para que no se fuera, le propuso una participación de las ganancias.

"Cuando comencé, todo era paño inglés. El Lord manejaba altura, la misma que seguirá teniendo". Altura que se mantiene hasta en los precios. Un vestido vale en promedio 700 mil pesos. No obstante el precio, los trajes a la medida siguen gustando.

"Aquí la mano de obra vale 560 mil pesos, porque a la gente le miden el vestido antes de coserlo definitivamente y por ello quieren un paño bueno. ¡No le vas a meter un paño de 10 mil!"

Aunque clase no se compra, mucha gente se hace Lord para fechas especiales como grados o matrimonios. O ejecutivos, que "mandan hacer hasta 10 vestidos cuando los nombran para cargos de renombre".

"Una empresa muy reconocida los vende a 200 mil pero saca 500 vestidos iguales; mientras, uno del Lord, es como una artesanía". Artesanía que casi siempre lleva marcada el nombre del propietario y por su puesto del Lord.

Hernando termina doliéndose de los tiempos de gobernador de bluyín: "Fajardo Nos quitó muchos clientes en su Alcaldía. Un día vino uno de nuestros clientes con tatuajes, camisilla... le pregunté que si se había salido del empleo y me dijo que ya no le exigían tanto saco".

"Pero a mí me cae muy bien Fajardo", aclara. Y en seguida cose su comentario: "¡Pero voté por otros más clásicos!". ☪

Bocas de ceniza

Camilo Jiménez.



“Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos”

Ofrezco disculpas por la primera persona, en este caso necesaria. (No lo vuelvo a hacer.) Hace unos días publiqué en mi blog El ojo en la paja una carta incómoda. Para mí y para otras personas. Se trataba de una reflexión mía y de nadie más sobre la educación, sobre cómo estamos asumiendo el papel que nos tocó, profesores y estudiantes. Estaba triste, tenía rabia, por lo que no fue fácil encontrar las palabras para componer la carta. Necesité luces, y en busca de ellas aproveché para leer de una buena vez un libro que he visto citado durante casi toda mi vida de lector: Juan de Mairena, de Antonio Machado (dos tomos, Buenos Aires, Editorial Losada, Biblioteca Clásica y Contemporánea, 1977). No tiene prólogo ni ningún otro anuncio sobre el espíritu del libro, apenas el subtítulo da unas pocas señales: “Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo”. ¿Qué encuentra uno en su interior, qué encontré? Piedras preciosas:

--En una Facultad de Teología bien organizada es imprescindible —para los estudios de doctorado, naturalmente— una cátedra de Blasfemia, desemeñada, si fuera posible, por el mismo Demonio.

--Agrada la modestia, pero no el propio menosprecio.

--Un hombre público que queda mal en público es mucho peor que una mujer pública que no queda bien en privado.

--Poesía, señores, será el resultado obtenido después de una delicada operación crítica, que consiste en eliminar de cuanto se vende por poesía todo lo que no lo es.

--Es cosa triste que hayamos de reconocer a nuestros mejores discípulos entre nuestros contradictores, a veces en nuestros enemigos.

--Debemos ser indulgentes con el pensar más o menos gallináceo de nuestro vecino.

--El tema es original, quiero decir que es viejo como el mundo.

--De cada diez novedades que se intentan, más o menos flamantes, nueve suelen ser tonterías; la décima y última, que no es tontería, resulta, a última hora, de muy escasa novedad.

--Los ojos de un gato negro/dos uvas llenas de sol.

--Cuando se ponga de moda hablar claro, ¡veremos!, como dicen en Aragón. Veremos lo que pasa cuando lo distinguido, lo aristocrático y lo verdaderamente hazañoso sea hacerse comprender de todo el mundo, sin decir demasiadas tonterías. Acaso veamos entonces que son muy pocos en el mundo los que pueden hablar, y menos todavía los que logran hacerse oír.

--Los honores —decía mi maestro— deben otorgarse a aquellos que, mereciéndolos, los desean y los solicitan. No es

piadoso abrumar con honores al que no los quiere ni los pide.

--La vivencia del hambre, sin la cual la copla no se hubiera escrito.

--Enseñarle a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo.

--Estamos abocados a una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual sólo quedan en pie las virtudes cínicas.

--Nosotros estamos aquí para desconfiar de todo lo que se dice. Tal es el verdadero sentido de nuestra sofisticada.

--Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar en el barbecho empedernido de nuestro pensamiento, sembrar inquietudes. ☪



LA PERFECCIÓN ES COSA VANA

Nuestro colaborador Camilo Jiménez se metió en serios problemas por acusar a sus estudiantes de Comunicación en la Javeriana, de no ser capaces de escribir un párrafo perfecto. La unidad investigativa de UC viajó a Bogotá y después de ponerse de acuerdo a través de twitter y facebook y consultar algunos blogs, logró reunir esta selección de párrafos de esos alumnos que obligaron a Camilo a dedicarle más tiempo a nuestro periódico.

Párrafos estudiantiles:

Solapa de Relato de un naufrago

Es y fue Gabo, como lo llama un tío y sus amigos literatos, un escritor maravilloso y líder del boom latinoamericano, cuya figura más conocida es Andrés, creo que Caicedo. De vez en cuando lo veo en youtube recitando sus poemas y me parece de lo mejor, aunque la vejez y las enfermedades que conlleva esta, lo mantienen como apagado y alejado de los cocteles a los que los invita Yo José Gabriel en su natal Ciudad de Méjico. De su libro que ya casi termino puedo decir que el personaje es un naufrago marítimo, que dicen que después apareció vivo y le puso una demanda a nuestro premio nóbel. Seguramente el sol que le pegó en la cabeza lo hizo olvidar qué es la ficción.

Solapa pequeña a La casa grande

Este libro es lo que todo estudiante de... de lo que sea, soñó. Se trata de una historia corta, chiquita, fácil de leer cualquier tarde de domingo, o máximo en un fin de semana de elecciones. Su autor es un costeño mañé, con pantalón de gabar-

dina y patillas setenteras, famoso por una crónica sobre un partido jugado en el estadio Romelio Martínez de Barranquilla: uno en que jugó Garrincha. En ese sentido, La casa grande (The big house) es como un homenaje secreto a eso, se inspira en el terrible centro delantero Walter Casagrande, llamado en la selección de Brasil para algún mundial. Para finalizar: " en esta apasionante y accequible novela, el lector encontrará la expresión dramática de la realidad heterogénea de un continente ahogado en su propia sangre.

Solapa para Condores no entierran...

Materia: Solapa 2
Profesor: Camilo Jimenez
Es un libro muy bueno. En la película se ve que había una pelea entre unos que eran pájaros y otros menos malos, no se si guerrilleros. Al señor que lo redacta lo he oído en la luciernaga y dicen que es del otro equipo...a mi no parece porque se ve que es buena gente y el libro es bueno. Al principio creía que era un libro de poesía por lo delgadito. El tema del libro es la violencia, algo muy duro que nos tiene azotados hasta en las fincas...se ve que Gustavo sabe mucho de eso y todo es

de la vida real. El que mas sale es uno que llaman Leon Lozano que tiene bigote y a hecho varios papeles en La Saga que pasaban a las ocho. Me gusto mucho y al profesor Camilo tambien le gusta. Espero que le guste este parrafo que hice con mucho cariño y terminé con un nudo en la garganta.

Contratapa para A sangre fría

Profesor Camilo jimenes
Definitivamente la violencia es un tema que asota el planeta tierra. Los asesinos norteamericanos de hace 50 años pueden ser peores que los sicarios de las ciudades de colombia. Me gustó leer las declaraciones de los matones, Dick and Perry, aunque no les creo del todo. Yo también entré un día a la cárcel, los presos son muy habladores, lo quieren embrujar a uno. Pero el escrito es muy realista, yo senti la tristeza de la familia de los muertos, recordé a un primo que mataron en una discoteca en Medellín, la 21, si no estoy mal. Dicen que Capote es periodista y yo sí creo porque aunque no trabajaba en un periódico les pregunté de todo a esos presos. Al final yo también quería que los matarán. ☪



andrea katich kurk fisioterapeuta

mal mal correcto

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301 tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatich@une.net.co

Siente... tu Área

El Área Metropolitana del Valle de Aburrá cuenta hoy, con una sede administrativa más amplia y con mejores servicios para la ciudadanía.

Allí, sus servidores públicos están altamente capacitados para brindarle la orientación que usted necesita en materia de movilidad, ambiente, planificación territorial, entre otros. Visítanos en la Calle 41 N° 53 - 07.

www.metropol.gov.co

Área
METROPOLITANA
Valle de Aburrá